

VER
OSÍAS
ILUS

1 adj. Que tiene apariencia de verdadero.

2 adj. Creíble por no ofrecer carácter alguno de falsedad.

Verosímiles

Workshop

Formas de la prosa

Cristóbal Gaete

Mia Maurer Cortínez

Retratos

Lunes, mediodía, invierno. Voy por la calle distraída, queda mucho domingo en mi sombra. Tropiezo con una banqueta. Agacho la mirada y veo un señor medio encorvado, canoso y entrado en años, sosteniendo un papel que anuncia su oficio: retratos. Al lado tiene unos dibujos que sirven de ejemplo, algunos son estilo caricatura, algunos realistas; hay un retrato de una mujer encantadora que tiene la sonrisa y la chasquilla del mismo tamaño.

—¿Puedo?

—Tome asiento.

—Permiso.

—¿Quiere un retrato?

—Sí.

—¿En verde o en azul?

—En azul.

—Bien.

—¿Le importa si lo dibujo yo a usted también?

Me mira dubitativo.

—Como guste.

—¿Me presta un lápiz?

Rebusca en su caja de zapatos. Me pasa un lápiz mina. Y arrancamos. Me detengo en su entrecejo. Sus cejas son cortas pero se elevan hacia la frente hasta perderse bajo un sombrero. Su boca apenas se distingue detrás de una barba blanca, desde ahí en adelante todo es pelo: alrededor de las orejas, en el cuello, en el pecho, pelo enroscado y blanco. Retorno a la mirada. Trazo los anteojos sobre una nariz grande con más pelos locos y algunos puntos negros. Debo entrar en los cristales, rodeo los ojos, un contorno lleno de grietas que hablan, el borde de sus ojos achinados por las arrugas desaparece en la barba. Voy llegando cada vez más al centro pero su mirada salta, me recorre, me desviste. La espero. De pronto coincidimos, pero él no se complica, se queda un segundo, una mirada corta y punzante y luego sigue, sus manos vuelan ágiles sobre el papel, usa toda la mano, los nudillos, las yemas. La gente sigue pasándonos, para acá, para allá, con bolsas en la mano, apuradas, algún niño tironeado por su madre, algún perro que cruza la calle.

Nos interrumpen. Una mujer sale de la puerta a sus espaldas.

—¡Oiga, Héctor! está saliendo agua por debajo de su puerta...yo que usted me apuro...

El caballero se incorpora rápido, los lápices y los papeles se vuelan por la calle, se mete al edificio tambaleando, desaparece en el umbral.

Me levanto y agrupo las cosas dispersas. La vecina que salió a dar la alerta prende un cigarro y lo agarra entre los dedos gruesos hacia la palma de la mano, el humo le sale por los hoyos de la nariz, con la otra mano se aprieta el chal al centro del pecho.

—No es primera vez que le pasa, igual que a mi mamá, lo mismo, yo le he dicho ya que a estas alturas ya no pueden vivir solos, pero no escuchan, ese es el problema, aparte que se les olvida todo, yo le digo a mi mamá, oiga, entienda, es por su bien, porque a veces sale a la calle y se da cuenta a mitad de cuadra que salió sin zapatos, y don Héctor igual, deja las llaves adentro del refrigerador, se le olvida cerrar la llave del agua, es peligroso porque se le podría quedar prendida la estufa y hasta ahí no más llegamos todos, a mí me da pena el caballero, tan talentoso que es, me hace retratos para mi cumpleaños, ahí los voy acomodando yo, y así veo cómo va pasando el tiempo, él cuando me hace los retratos me los regala pero me pide que me quede quieta diez minutitos más porque hace otro y él lo guarda, para el «registro» como lo llama él, así lo puede usar de muestra y yo me vuelvo famosa. Si quiere suba no más, debe tener la pura embarrada allá arriba el caballero eso sí, después me viene a pedir un cordel para colgar los papeles, le voy a pasar el secador de pelo mejor, no vaya a ser que... Pero debe estar todo mojado allá adentro, si no vas tú voy a ir yo, igual yo tengo una copia de todo menos mal, no puedo ayudarlo ahora porque tengo que ver a mi mamá que no la puedo dejar ni un minuto sola, pobrecito don Héctor que no tiene hijos...

Cruzo el umbral. Es un edificio antiguo, amplio, descascarado. Todo es humedad, una condensación de olores reciclados, gatos esquina, niños libres. Subo las escaleras y un hilito de agua que gotea me va indicando el camino hasta una puerta entreabierta. Un charco enfrente. Intento rodear el agua sin mojarme, equilibrando los papeles, la caja de zapatos y la banqueta.

Golpeo la puerta. Nadie responde. Me quedo ahí con las cosas entre los brazos, miro hacia abajo y trato de usar el reflejo del agua para ver hacia adentro. El agua tiembla y se arruga, pero no me da ninguna pista de qué hay al otro lado.

Alguien cierra la puerta de la calle, escucho murmullos en la escalera, aparece la vecina que fuma. Se acerca y me deposita un secador de pelo entre la pera y todo lo demás.

—Pasa no más, mijita, si entre antes se pongan a secar mejor.

Se da media vuelta y desaparece, abrazándose con el chal y musitando. Con la punta del pie le doy un empujoncito a la puerta.

Una capa fina de agua cubre todo el piso, apenas un centímetro. En ella flotan retratos. Recorro el lugar mirando hacia abajo: la vecina me mira de perfil, de frente, con el pelo tomado, con el pelo suelto, con un cigarro entre los labios, con una sonrisa, con los labios juntos. El viejo está sentado de espaldas a la puerta mirando por la ventana con las manos sobre las rodillas.

Deposito la banqueta en el umbral, y encima la caja con los papeles, y encima el secador.

—Don Héctor, sus cosas.

—Déjelas donde estime conveniente y cierre la puerta por favor —dice, sin voltearse.

Dejo las cosas donde estimo conveniente y cierro la puerta.

Deslizo mi mirada por las paredes mohosas tapizadas de dibujos. Recorro los marcos de las ventanas, donde minúsculos chinches aprietan más y más dibujos, hasta en las partes más altas del marco se asoma una imagen que espera una mirada que se eleve y se pose en ella de vez en cuando. Del cielo cuelgan algunos croquis, ahora entiendo el miedo de la vecina. Don Héctor parece no estar ahí, sigue sin moverse, con los ojos fijos. Su mirada me lleva al único sitio limpio de trazos, justo al lado de la ventana, al lado de sus pupilas afiladas.

—¡Aquí!

Mi voz se escucha como un trueno trizando el silencio. Su mirada ahora se posa en la imagen de sí mismo, observa cada una de las arrugas de su frente como si fuera la primera vez que las ve.

Tuve la certeza de que don Héctor lleva años sin mirarse en un espejo.

Tomo mi retrato en azul y sin decir nada cierro la puerta como me había pedido.

Gaspar Peñaloza

Cómo cazar un rollizo a resuello

Necesitas máscara y snorkel (se puede hacer de PVC), traje, plomos, aletas, arpón y boya. La boya se puede hacer con botellas plásticas y una cuerda, así los botes que pasan cerca saben que estás ahí y puedes amarrar un chinguillo a ella para ir dejando los pescados y mariscos. Si es por orilla, el mar tiene que estar bueno o el lugar muy protegido. Hay lugares que son muy abundantes justamente porque su geografía permite que sus aguas estén agitadas mayor cantidad de días. El rollizo es habiloso y rápido, es como un lobo dice Vitoco. Apenas te mira sale disparado y se pierde entre las rocas. Nada que ver con el mismo un segundo antes. Cuando te pegaste una bajada y lo descubriste levitando a veinte centímetros, inmóvil sobre la arena, pegado a la roca o a una mata de huiro. Azul plateado sobre fondo blanco.

Para dispararle a un pez de roca tiene que ser grande. No que al verlo bajo el agua digas este da justo la talla. Si no que en verdad sientas que es un pez grande.

Uno que se haya reproducido algunas veces y esté cerca de la muerte. Las cosas bajo el agua se ven más grandes. Por eso tienes que poner tus dos manos paralelas a tus hombros, ese tamaño, debe ser el mínimo del pescado. El rollizo como es tubular es muy fácil que se raje y escape. Hay que intentar que el arpón le pase entre el lomo y la mejilla.

Imagínate, estás perdiendo el tiempo con tus amigos y alguien te dispara y luego del disparo, te das cuenta no sólo que estás herido si no que estás atrapado. Te toman entre dos brazos, te sacan la varilla, te aprietan entre dos piernas humanas y te entierran el mismo pasador de la varilla entre dos ojos para llegar al cerebro, todo debajo del agua. Cuando tocan su cerebro, el pez tiembla.

Entras con tu equipo y pataleas hasta que haya unos tres metros de profundidad, cargas el arpón. A esa altura ya puedes ver jerguillas, baucos y quizás un bilagay. Sigues pataleando, haces algunas inmersiones para empezar a abrir los pulmones. Incluso si aparece al fin de una inmersión es como si ya no necesitaras volver a la superficie a respirar. Le disparas a algo, no le achuntas, se queda la varilla atrapada en una roca, se te acaba el aire, sueltas el arpón y subes. Miras donde está, vuelves a bajar está muy dura no alcanzas a sacarla vuelves a subir, descansas sin perderla de vista, bajas, ahí salió, sigues pataleando. Ves a un rollizo a diez metros, pataleas lento para que no te escuche, lo sigues y cuando pasa por un bosque de huiro y no puede verte bajas lo más vertical posible, con la guata en el fondo esperas que vuelva aparecer, le disparas, subes. La mayoría de las veces no le achuntas y se queda quieto mirando como si supiera que solo tienes un tiro, antes que vuelvas a disparar se va a toda velocidad.

Aunque dicen que se va quitando, es imposible no sentir culpa. Lo destripas, lo fileteas y lo cocinas. Es terrible tener acceso a la última imagen de su vida. Tú eres el único que sabes cómo murió, nadie más, ni siquiera él.

Diablo rojo

El vaivén que tiene el océano es hasta meditativo y ver cualquier especie que habita en él puede ser emocionante. Los guías balleneros cuentan como mucha gente llora al ver por primera vez una ballena. Pero la orca también es un delfín y tiene su ternura, aun así es uno de los asesinos más brillantes de la tierra. Quiero decir, vivir en el océano es probablemente una de las experiencias más salvajes. Los peces incluso se comen entre sí, un humano muerto duraría un par de horas hundido devorado por las jaibas. Es esa ansiedad por cualquier trozo de carne flotando en el azul a la que acude cualquier criatura, la puede hacer terminar atrapada en un anzuelo. Los lobos jóvenes se raptan a una cría y la llevan a un punto alejado de la manada para que se acerque la madre y poder violarla. Las aves de rapiña comienzan a devorar a los lobos heridos por el ano porque no es tan grueso como la piel y tienen más acceso a sus intestinos. Los peces vela se coordinan al atacar cardúmenes y barren con ellos

comunicándose a través del cambio de color de sus escamas y así, trazar complejas estrategias de caza.

En Chile sabemos poco del sadismo de la jibia. Los pescadores la llaman el diablo rojo. Siempre andan de a decenas y su presencia es monstruosa, nadan con un flow fantasmal, se sienten atraídas por la luz. Para pescarla, sumergen hasta noventa metros en el agua una bola con puntas que le llaman tote, una especie de miguelito submarino atado a una linterna o a una de esas pulseras plásticas que al quebrarlas se ilumina el líquido fluorescente que llevan adentro. La jibia se acerca y queda enganchada. Entre todos intentan subirla y cuando están a punto de echarla arriba del bote tira su tinta hasta tres veces. Tiene la fuerza como para agarrarte llevarte al agua, una vez ahí te succiona y te come con una especie de pico, un gancho que devora. Es normal que en maniobras complicadas de noche, caiga un hombre al agua y sea comido en minutos por las jibias.

Atacan humanos, atacan incluso más que los difamados tiburones. Si por ejemplo te encuentras con ellas buceando, probablemente se va a abalanzar a lo que brilla: tu máscara. Va a tirar su tinta y no te va a dejar respirar. Les pregunto a los que están a mi alrededor qué es lo que habría que hacer si eso pasa. Si estás en apnea no tienes muchas posibilidades más que intentar apuñalarla a más no poder y subir, salir del agua lo más rápido posible. Pero, por ejemplo, si estás con botella a treinta metros de profundidad y te ataca una jibia, no te queda otra que darlo todo. Intentar respirar, lanzar la linterna lejos, dejar caer los plomos, inflar el chaleco e intentar salir hecho un corcho para arriba, una vez ahí buscar el bote.

Pablito

Sí viejito seguimos por Huasco con los niños, pero me mandé una cagada, perdí a mi dupla y lo encontramos muerto. Yo estaba más contento que la chucha porque había arponeado a una vieja más linda que la cresta y se la fui a mostrar al Ferna, porque ese weón me había enseñado todo po y era el primer pescado grande que sacaba. El weón me miró, se sacó el snorkel de la boca y me dijo grande Pablito, ahora tenís que sacar uno más grande y seguí buceando. Tu sabís como es la cosa a resuello: te vay en la tuya pensando cualquier cosa estirado en la superficie hasta que veís movimiento o alguna cueva, cualquier indicio de pescado y te zambullís, fluís en el agua te sentís pescado y entre más cerca de arponear a uno estay más te olvidai que no erís uno y que tenís que respirar. Así, te vay olvidando de tu dupla porque entre tanta respiración y aguantarla pareciera que entrai en un trance atravesando bosques, errando tiros, confundiendo lenguados con piedras y llegando apenas a la superficie pa pegarte una bocanada de aire desesperado. Pero lo perdí po, llegué a la orilla, me puse a desguatar lo que había sacado y a desconchar los locos. Terminé de hacer todo eso y el Ferna no llegaba y estaba oscureciendo. Justo pasó un bote y le pregunté si habían visto a mi compañero, dijeron que solo habían visto una boya que

les llamó la atención que estuviera tan cerca de las rocas. Así que nos pusimos el traje de nuevo les pedimos que nos llevaran y nos tiramos donde estaba la boya, lo primero que vi fue una aleta, tiré de ella y ahí estaba el Ferna ahogado entre los huiros, le dio un blackout, este weón bajaba hasta veinticinco metros, lo peor es que esa wea te da cuando voy subiendo. Pensar que siempre me decía, Pablito cuidate, hay que ser precavido, y yo recién metiéndome en esto y se me va mi dupla que era un cabro que en verdad sabía hacer la pega.

El Pato Chola

Dicen que todos los peces del mar están vendidos. Podís sacar diez kilos, cien o mil y se van a vender. A los que pescan a resuello y barren con todo sin importarles destruir un ecosistema para siempre les dicen chacales. El problema es cuando empiezan a mirar los peces como billetes. Pensar que cada bilagay son cinco lucas y de ahí hacia arriba. Si hablamos de chacales, el Pato Chola es uno de renombre, probablemente uno de los mejores cazadores submarinos de la historia. Es capaz de cazar un pez a treinta metros de profundidad en apnea y tenerlo destripado al llegar a la superficie o fallar un tiro, volver a armar el arpón y disparar sin necesidad de subir a respirar. Anda con un chinguillo que tiene una capacidad para ochenta kilos de pescado y lo llena en un buceo de seis horas. Dicen que solo una vez fue a una competencia de caza submarina y salió veinte minutos tarde pero con el doble del pescado que había sacado el primer lugar. Ve peces donde nadie los puede ver. No caza, recolecta, conoce cada piedra de la costa chilena y sabe en cuál está cada pez.

El Pato Chola estuvo preso. Dicen que su hermano llegó curado y enajenado a la casa e intentó pegarle a su mamá, el Pato cargó el arpón y ensartó a su hermano que murió horas después. Para cargar un arpón hay que tomar el elástico derecho con la mano derecha, apoyarte la cacha en el pecho, tomar el elástico izquierdo con la mano izquierda y tirar hacia atrás con mucha fuerza, al otro día te queda un dolorcito en el medio del plexo, como si hubiera un moretón. Estuvo preso un montón de años, salió, y su ojo y capacidad pulmonar estaban intactos, siguió haciendo zumbar el fondo submarino.

Me metí a su facebook y busqué videos de él en youtube. Es impresionante la cantidad de tiempo que baja y como puede dispararle a viejas que están a metros de distancia. Sus posts de facebook. Varían entre textos largos súper emocionales escritos con faltas de ortografía donde le agradece a su madre por siempre guiarlo y fotos con peces gigantes muertos que sangran chorreando rojo desde la herida del arpón hasta la aleta caudal, o decenas de peces más pequeños unos sobre otros en cajas plásticas. Su impunidad para matar te revuelve el estómago.

No cualquiera puede ser un chacal al estilo del Pato Chola. Se necesita ser mitad lobo marino para bajar y oler dónde están los peces. Se necesita tener el corazón y los pulmones del porte de una sandía para aguantar esa cantidad de tiempo y movimiento bajo el agua.

Fernanda Meza

Ximena Rivera

(Viña del mar, 1959 - 2013):

El recuerdo hace cuerpo a seres que ya no existen

1

Ximena ordena su habitación, la da vuelta como siempre esperando sacar el mayor provecho a ese espacio pequeño. Vive en el quinto piso de un antiguo edificio en la esquina de calle Clave con Blanco.

Cocina y limpia todo para este hito, su hijo la visita por primera vez tras años de dárselo a una prima sin posibilidad de decidir no hacerlo. Lo único que compartieron son sus primeros días en el hospital y algunos meses de vivir en la calle. Al entregarlo vuelve a internarse como lo hizo antes y después de este hecho en el psiquiátrico Salvador o la casa de reposo Pompeya.

Ximena siente las líneas, las arrugas que se acurrucan en algunas hendiduras. Descubre la pequeña cicatriz que existe en su mano, una incisión perfecta con la que extirparon su sexto dedo. La observa trayendo a su mente la carencia de una malformación que la hace única o al menos particular. Su hijo también nació con seis extensiones, al igual que en ella le fue arrancada al nacer.

No pudiendo frenar el espejo de lo que tanto tiempo recriminó, su propio cercenamiento, agarra los guantes cortados y los pone en sus manos, ocultando la culpa de sus dedos y la distancia.

El Kiwi llega y sube el edificio. Al entrar en esa oscura habitación observa la mesita roja con la lámpara encendida junto a aceitunas, queso, maní y lo que habitualmente se encuentra en el centro de las celebraciones. Se pregunta si esto es una celebración. Conocer a quien te parió y que no volviste a ver, una prima lejana más que una madre.

Una amiga desde un rincón lo saluda invitándolo a acercarse. Al comenzar el diálogo Ximena la despide con alguna excusa extraña. Horas antes le decía suplicante que se quedara, temía lo peor, que no llegara. Sus ojos se encuentran al fin.

Ximena recuerda su seudónimo de loca Noemí Vidal, el que utilizó para el libro *Antología de la locura* del otrora loco Miguel Edwards. Noemí no abandonó a

su hijo, Noemí nunca fue vientre. Realmente fue burbuja para olvidar el dolor de la soledad. Dejar atrás la carne que se abrió paso desde sus entrañas. La oscuridad y la magia la guían: ¿a ella o a Noemí?

Ximena vuelve e intenta repasar los años, la vida. Que le cuente del colegio o de sus gustos, de cómo creció. El Kiwi no le cuenta mucho, un par de monosílabos que no acceden a una conversación extensa.

La escena se cierne vacía y ahí Ximena y no Noemí le pregunta ¿Te hubiese gustado crecer con seis dedos?

2

Las manos de Ximena acababan en diez uñas enormes, largas como si fuesen las garras de una bruja. Curvas bajan hacia el texto buscando la luz el rostro de Anna Ajmatova entre sus manos la oscuridad encontrándose con sus uñas. Poeta rusa de los años veinte, abandonó un hijo a temprana edad. Internet está lleno de pinturas de ella dejando grabadas sus facciones.

Ambas conviven con el abandono. Ximena llena de metáforas Anna rehusándose a usarlas. Leer a otra nos construye. Los hijos perdidos en sus historias también. ¿Qué pensará el que crece sin entrañas sobre quien le deja a la deriva?

Ximena de niña, observando las plantas. Cuatro manzanas de nada. El Sporting siempre fue tan grande. Viña ruralizado, ella aprende de lo que ve, de las matas de maleza que alimentan a los caballos. Las palmas devorando todo, entregando en blanco el adobe de lo que se levanta entre el polvo y el estero. La casa no logro dibujarla. Pero sí a ella conversando con su abuela y su madre.

La abuela Luisa con la nariz entre hojas juega con su hermano. Reflejo de uno en el otro cuando se vive sin encajar afuera. Lectura y conversación. Juego curioso que se vuelve poesía, saltando sílabas ambos hermanos se adentran.

Anna es dibujada en trazos por Modigliani, contorneando las curvas que se plasman en la historia. Ir tras el amor tras la pérdida se parece a un psiquiátrico. Difícil alcanzar la cordura, atrapar el momento presente. Su cuerpo-casa se pregunta si alguna vez alguien se responsabilizará de su vacío. Construida de carne pierde el control: ¿cómo hacerse cargo de otra casa si apenas pagamos las cuentas?

La infancia como un brasero, los claroscuros traslúcidos frente a ella, la casa la describe como un pedazo de madera y ella ahí esperando arder en posibilidad de incrementar el poder de la llama. La abuela parte hacia el centro, se va en un auto ahuyentando perros y ella se queda ahí, guardando el secreto de la muerte. Habitar el cuerpo como cada una de ellas, lograr comprender lo vaciado y aun así erigir el refugio. La casa aledaña al Sporting Club aparece, llena es de camino de tierra. Las tres mujeres toman té con canela, las tres mujeres bordan en silencio, las tres mujeres y un niño tejen la casa.

¿Viña se parecerá a Moscú? Toda ciudad se levanta sobre su historia. A veces lo simple se nos escapa, retener la molécula haciendo único el olor que guardaremos en la memoria. Ximena retiene lo que comprende y desde ahí se mueve. Sin embargo, lo que no entiende pasa a ser parte de su biblioteca mental. Las preguntas y los símbolos.

3

La última historia de amor se narra en la plaza Echaurren entre botellas de malta y vino. Las facciones de un anciano apoyado, una pared con adornos de flores que juegan a las dimensiones. Picasso lo mira junto a otras esquelas que adornan el escenario. Algunas pinturas, dibujos, fotos familiares. Decía haber sido funcionario de la armada en su juventud, ¿qué lo hizo terminar viviendo en la calle? Era al menos diez años mayor que ella, parecía que fueran muchos más.

Pepe, un personaje como muchos de barrio puerto que ya en sus últimos días algunos amigos agasajaban con cerveza sin alcohol haciéndole creer que aún está en sus manos decidir sobre su vida. La atención de Ximena hacía ese flaquísimo hombre se remite a un pequeño detalle, el parecido entre él y su abuela materna Julia.

Ximena cuida a Pepe ya postrado por enfermedades propias del alcoholismo. Confecciona sus pañales de tela mientras toma café con hielo como manda. Su forma física asemeja a lo que hoy podrían ser las personas no binarias, a quien no se identifica con un género. Se centra en las personas, en lo que parece ser una dimensión interna que la llevan a encontrar esa esencia que da inicio a la atracción.

Muere el año 2012 rondando los sesenta años, la lámpara que reposa en la mesa de centro permanece apagada, las ventanas ya no se abren como antes. En la oscuridad de esa pequeña pieza, se descubre sola. Pepe muere sin ni un peso como vivió, ni tumba o sepultura al igual que ella lo hará un año después. La tumba sigue en el misterio, ya pasaron más de cinco años que es lo que se espera para pasar los cuerpos a la fosa común, por lo que se sabe nadie hizo el papeleo por él, probablemente por Ximena tampoco. Las pocas personas que les rodean logran juntar el dinero cosa que se vuelve una nebulosa. El caso de la tumba de Ximena no es distinto sólo que más personas se suman.

Entre las ruinas de la casa caída se encuentra con su mente, comenzando así la obsesión de que morirá de un dolor en el corazón y que todo comenzará en un dedo. Todo se extenderá desde ese dedo, palpita la cicatriz. Materializa a Pompeya y su monotonía. Pasea entre ancianos y psiquiatrizados.

Se sienta a escribir *Casa de Reposo*, libro editado en dos versiones; la primera en poesía, la segunda en prosa. Reflexiones de la enfermedad, la soledad y la vejez infantilizadas desde la carencia. Entregada al abandono se encuentra con la enfermedad, desde la raíz, pensar en la compasión como el clímax. No alcanzar a escribirlo.

Pompeya le grita «entra, te quedarás» y ahí se sumerge en la cama de plaza que adorna una pared amarillenta que fría refleja la ausencia. La humedad se acopla a las edificaciones, se abrazan al pecho de algunos cuerpos que no sabemos si fuimos casa. Así nos conformamos y nos tapamos con frazadas marrones y blancas y oscuras con miles de pelusas que marcan el tiempo. Sus muchos usos.

Le grita, le dice que se quede y ahí se queda con el lápiz en alto. El trato de las enfermeras y lo propio de lo senil. La enfermedad me viene a buscar, piensa y camina en círculos cuando tiene fuerzas y los puchos, un Latino y otro Latino, los desea como a un cuerpo. La nostalgia del recuerdo se envuelve en nebulosa y les hace vivir en otro tiempo. Al moverse un cuerpo se mueve otro y así, consecutivamente.

El velador en el hospital de Peñablanca colinda con la cama. Se elevan moscas como flores encontrándola en el lecho. Hormigas avanzan en fila llenando el lugar. El descuido y lo poco aseado se hacen uno con el día a día. Las moscas la coronan. Fue elegida desde el dedo y desde la uña sube el mal, alcanza músculos y hombro. Cuando se expande en el pecho carcome el espíritu.

Desde niña subordinada a los medicamentos para la esquizofrenia la hacen asidua a la fantasía, no bebía ya que eso imposibilitaba la expansión de su abstracción. Unos años antes de su muerte se le diagnostica bipolaridad. Se cae la historia, lo que te forja como ser que siente. La identidad se le rompe y la posibilidad de perder la pensión la hacen odiar, qué difícil mantenernos intactos.

De Peñablanca al hospital de Viña desde ahí llama al menos a dos personas. El miedo a la anestesia a estar sola. La septicemia de su pie se apodera del cuerpo, el dedo que siempre imaginó como un ancla se infecta subiendo por la sangre como si nada. Del Félix Bulnes al Van Buren, sus amigos y amigas llegan al primero y rondan por salas de espera. A las 3 AM de un 24 de marzo se confirma la muerte de Ximena. Un grupo de al menos cuatro personas esperan dos horas en el hospital, en silencio, hasta que llega su hermano Guillermo. La Rivera se expande por el lugar, asciende igual que la infección que corrosiva llegó lo más lejos que pudo. De la burocracia se encarga la familia, ¿y el cajón? ¿y la tumba?

La mujer a cargo del edificio cuenta que muchas personas entraron a su pieza el día de su muerte, todos salían con papeles, libros y cuadernos o pequeños artilugios. Una pequeña copa roja se mantiene intacta en la habitación, es llevada con cariño por una mujer. Un hombre joven, algunos familiares, una mujer mayor se desplazan entre las cosas. Suben y bajan por las escaleras redondas y las paredes verde azuladas de aquel antiguo edificio. Revuelven cosas y la mayoría busca libros que le prestaron. Entre tantos recuerdos se ven objetos dispuestos sin intención, el banano encargado y la lupa en el pasan a ser la recuperación misma, obtener el ojo. El cuerpo que tantas veces transitó ese lugar se mantiene inerte en una cama del hospital.

Pierina Ferretti

El rubio

para el Tito, mi tío

En sus últimos años solía decir que cuando yo fuera grande iba a ser monjita. Este es uno de los primeros recuerdos que se me vienen cuando pienso en el Tito, mi tío. No es una imagen que tenga directamente de él, sino de mi madre y mi abuela contándomelo cuando ya se había muerto por culpa de un tumor cerebral a los cuarenta y tres años de edad luego de una vida dedicada a Dios y al prójimo, según ellas mismas dijeron; eso sí lo tengo bien grabado.

De que sirvió generosamente a sus semejantes inspirado en los mandatos del nazareno —con quien guardaba un asombroso parecido físico, al menos en la representación hollywoodense que a punta de semanas santas nos hemos formado—, no hay lugar a dudas. Sin embargo, las causas de su temprana partida diferían bastante de aquellas invocadas. En verdad, el Tito había muerto de sida. Lo supe unos diez años después gracias al relato de una prima paterna que tenía bien ganada la fama de ventilar sabrosos secretos familiares cuando tomaba más de la cuenta, lo que en su caso era prácticamente siempre. Por circunstancias que no atañen a esta historia, pasé el mes de enero del año dos mil con ella en el pequeño pueblo de la costa *ligure* italiana donde vivía en aquel entonces y acompañé con paciencia cristiana sus profusas libaciones de cada noche que incluían casi sin variación un par de botellas de *chianti*, otro par de cajetillas de cigarros y un litro y medio de agua mineral con gas que se tomaba sagradamente antes de dormir para levantarse a trabajar, contra viento y marea, muy pocas horas después de haberse acostado borracha como una cuba. En una de estas veladas me enteré de que el santo y célibe varón, devoto de la Virgen María y muerto dignamente de cáncer a comienzos de los años noventa, en realidad había sido víctima del indecoroso Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida y era, ya resulta obvio, tan fleteo como Freddie Mercury o Rock Hudson, dos estrellas con las que compartió condición y destino.

Héctor Juan Fernández Macchino, el Tito, nació el 30 de octubre de 1948 en la calle Maule #1634 de la comuna de Santiago. Fue hijo de Héctor Miguel Fernández Campos, también apodado «Tito», y de Yolanda del Carmen Macchino Pérez. Héctor padre, provenía de una familia árabe-chilena, formada por un turco bautizado como Miguel Fernández de forma completamente arbitraria, aunque armoniosa con las tendencias onomásticas del periodo, por los funcionarios migratorios que lo recibieron cuando llegó a Chile arrancando de alguna guerra en su Siria natal, y por Celia Campos, una ruda mujer talquina cuyo carácter infundía temor en todos sus nietos e hijos. El Tito, particularmente, odiaba a esta abuela y siendo todavía muy

niño se negó a seguir visitándola luego de ser duramente reprendido por ella tras quebrarle sin querer un florero de porcelana fina. Gracias a sus insuperables berrinches que según relata mi madre eran capaces de doblegar a la más recia voluntad de castigo, logró librarse de la obligación. Carmen, su madre, fue producto de otra mezcla. Giovanni Macchino, joven italiano que había heredado una curtiembre en el barrio Franklin y Ema Pérez, de origen chileno, como decía para blanquear sus raíces mapuche. La «mama Ema» sí que era una abuela en serio: cariñosa, malcriadora y buena cocinera. El Tito era su favorito y lo protegió al punto de convertirlo en lo que en ese entonces se llamaba un niño pollerudo. Más de alguno en la familia debe haber atribuido a los excesivos mimos de la mama Ema una buena cuota de responsabilidad en la desviación sexual de su nieto regalón. En esos años era usual culpar a las mujeres de las desgracias familiares.

Pocos detalles conozco de la primera etapa de su vida. Su formación primaria y secundaria transcurrió en el Colegio Hispanoamericano, perteneciente a la congregación ya algo olvidada de los Padres Escolapios. Terminado el sexto humanidades ingresó a la carrera de agronomía en la sede que la Universidad de Chile tenía en Talca, pero al primer año abandonó sus estudios por motivos económicos. Gracias a contactos de su padre comenzó a trabajar en el Registro Civil tomando las huellas dactilares de los muertos no identificados, labor que no le resultaba desagradable salvo cuando los cuerpos se encontraban en estado de descomposición avanzado.

A comienzos del '77, aburrido ya de los fiambres y del clóset y con la ilusión de sacudirse entre zamba y carnaval las cadenas que aprisionaban su vida de maricón clandestino en el opaco Santiago de la dictadura, se mandó a cambiar a São Paulo, la meca gay de Sudamérica, cuyas tierras calurosas y desbordantes de maricas disponibles —según contaban los que habían tenido la suerte de pasar allá alguna temporada— produjeron un verdadero éxodo de colas de todo el continente y de más lejos todavía.

Tras un par de años de largos viajes en tren a su trabajo en una multitienda de dimensiones inimaginables para el Chile de los setenta, logró llegar al centro mismo de São Paulo e instalarse en el edificio Copan, una construcción verdaderamente monumental diseñada por Oscar Niemeyer. Ese pionero ghetto vertical, con sus ciento cuarenta metros de altura y sus más de mil departamentos, se alzaba como emblema de un Brasil que se pretendía moderno y pujante pero que no lograba ocultar con éxito la porfiada miseria que se asomaba en cada esquina de su infinita geografía. Mi madre estuvo allí en una visita relámpago que le hizo al Tito en 1982 y recuerda con particular nitidez sus primeras impresiones en ese edificio. «Cuando llegué me subí al ascensor con una mujer enorme, grande, grande, grande como un ropero de tres cuerpos y cuando se da vuelta, vieja, veo que era hombre. Atroz. Yo quedé pa' dentro. Eran todos todos homosexuales ahí». Hasta el día de hoy conserva la idea de que esa icónica mole paulista era una gigantesca colmena de fletos y travestis viviendo juntos en estado salvaje.

Desde Brasil llegaban sus cartas casi siempre con fotos en las que su teñido

rubio y su ropa extravagante y ajustada que más que aliviar aumentaban las sospechas de sus destinatarias predilectas, mi madre y mi abuela. Las cartas que mandaba eran cariñosas y reproducían ese modo muy de mi familia materna de prevenir o reclamar el olvido y la ingratitud. ¿Te acordaste de que tienes madre? Suele decir la mía cuando mi hermano o yo la llamamos por teléfono luego de algún periodo de incomunicación más prolongado del que para ella parece prudente. La suya decía lo mismo y, por lo visto, mi tío repetía ese patrón en formato epistolar. «Para que no te olvides de lo feo que soy» dice una carta fechada en septiembre de 1978 en que se lo ve posando junto a compañeros de trabajo con sus jeans bien pegados al pote y su pelo bien rubio. No quería que la distancia fuera borrando su presencia incómoda así que con regularidad enviaba pruebas de su existencia y pistas de su condición, confiando en que ese bombardeo de baja intensidad fuera ablandando el terreno.

Para sus amigos chilenos el Tito se fue convirtiendo en una verdadera heroína de la solidaridad internacional dispuesta a correr desproporcionados riesgos para ayudarlos a ellos, pobres colas confinados en un país que sumaba a la fealdad de su paisaje político el desaliño en el vestir de la mayoría de sus habitantes y la escasez casi absoluta de una oferta digna, no digamos que glamorosa, de prendas a la moda. Mi tío, que trabajaba en la privilegiada posición de vitrinista de multitienda, robó durante años cuánto trapo pudo para enviar por encomienda a sus queridos maricones connacionales algunas de las piezas más chic que llegaban al hemisferio sur. Así lo hizo con regularidad hasta que lo pillaron y fue a parar a la cárcel. Luego de eso, tuvo que agarrar sus propias pilchas y volver a Santiago dejando atrás un juicio abierto y los mejores años de su vida.

El Tito regresó entre 1983 y 1986, lo calculo porque yo ya había nacido y porque mi hermano mayor aún no había muerto. De esos años no sé mucho más que esto: el 8 de diciembre de 1989, día de la Inmaculada Concepción, se consagró en la orden de los franciscanos como consigna una estampita que encontré en un álbum de fotos. Cómo fue que la bicha chilena que se teñía de rubio y se vestía con las últimas tendencias que llegaban a São Paulo cambió esos brillos por los hábitos austeros y marrones de los seguidores del santo de Asís, es algo que desconozco, pero lo hizo y muy en serio. Los pocos recuerdos que tengo de él son precisamente de esa época, de cuando me llevaba a un hogar de huérfanos quizás para inculcarme el amor a los más necesitados o despertarme la vocación religiosa a la que me creía predestinada, vaya uno a saber. Tengo la imagen de un patio de tierra, unos pocos columpios oxidados y de mí jugando con algunos de los niños que crecían dentro de esas paredes descascaradas esperando en vano ser adoptados.

Si mi familia tuviera más humor podríamos jactarnos de que uno de los nuestros fue de los primeros contagiados de VIH en Chile. Tal vez, y no creo que sea improbable, mi tío se cuente entre quienes comenzaron la propagación del virus en este insignificante país al que ni el sida hubiera llegado si no fuera por la vanguardia homosexual que puso el cuerpo y lo importó.

La primera víctima del «cáncer gay», como bautizaron a la enfermedad en la prensa local, murió el 22 de agosto de 1984. Fue un escándalo. Hasta quemaron

el colchón que había ocupado en la clínica. Poco se sabía entonces de las formas precisas de transmisión del virus. Había certeza de que a través del sexo y las jeringas el contagio era altamente probable, pero ¿la saliva?, ¿la respiración?, ¿la orina?, ¿se podía compartir baño, cubiertos o vajilla?, ¿se podía vivir bajo el mismo techo, abrazar, darse besos o hacerse cariño? La falta de información y la condición de la población contagiada hizo del sida una enfermedad de maricones y drogadictos, pero hasta donde sé el Tito no era ningún drogadicto y las pocas veces que fumó marihuana se fue en pálida altiro.

Por esos años la triterapia no existía ni siquiera como experimento farmacéutico y los laboratorios de Francia y Estados Unidos se peleaban entre ellos por las patentes de los primeros retrovirales. Chile, a pesar de su atraso científico, necesitaba también hacer testeos de los medicamentos importados y mi tío se ofreció como voluntario. Lo atendían gratis en la clínica de la Universidad Católica —el Estado no trataba con sidosos— a cambio de tomarse unos cuantos remedios y de entregarse a la mirada curiosa de los jóvenes internos de infectología. «Entraban vestidos de astronautas» me dijo alguna vez mi abuela. Al no saberse bien cómo se transmitía el virus, los médicos tratantes tomaban precauciones extremas para atender a los «portadores» y apenas los tocaban por temor al contagio. Esa distancia fue algo que a mi abuela le dolió; a mi tío quizás también.

El tiempo y la ciencia hicieron lo suyo y hoy se puede vivir con VIH como quien vive con hipertensión u otra enfermedad crónica controlable con unas cuantas pastillas provistas por el GES, pero en esos años el sida condenaba a los enfermos a unas muertes francamente espantosas. El Tito no fue la excepción. El tumor —que efectivamente existió— lo tenía casi postrado: fiebres altas y prolongadas, alucinaciones, pérdida de la vista y un comportamiento cada vez más errático y peligroso eran parte de su estado cotidiano. Fue así como en un descuido de mi abuela se arrancó. Salió en pijama y pantuflas, tomó un taxi, dio una dirección y llegó hasta la peluquería ubicada a un costado de la plaza de Armas. Allí estaban los colas de siempre, comadreando como hace años hacían imperturbablemente entre tubos, tinturas y revistas con fotos de la Lady Di y la Bolocco en la portada. «Tíñeme, Tebito» dijo al entrar, como si nada. A Esteban, su amigo y peluquero de toda la vida, se le apretó la garganta. Llamó por teléfono a mi abuela y le hizo la que fue su última tintura. Cuando mi hermano llegó a buscarlo estaba ahí, rodeado por sus amigos maracos —así lo dijo mi hermano— que entre risas tristonas y llantos disimulados con risas se despedían de ese hijo pródigo que ante la inminencia de la muerte mandó a guardar al cristiano piadoso de esos últimos años y volvió a ser esa cola pretenciosa que no estaba dispuesta a morir con las raíces crecidas. Cada vez que pienso en que eso fue lo último que hizo antes de morir, me viene una mezcla de emoción y respeto, como la que se siente ante un guerrero derrotado después de darlo todo.

El Tito murió el tres de octubre de 1992 y su certificado de defunción indica que la causa fue un cáncer intra-cerebral. Lo velaron en la iglesia franciscana con los honores que le correspondían como religioso de la orden. Muchos de los presentes

despidieron al hermano Héctor, hombre manso de corazón y humilde entre los humildes, pero el rubio orgulloso de su pelo recién teñido, que brillaba soberbio como el sol paulista de sus años felices, era un mensaje cifrado. Algunos lo entendieron. Otros no. Yo lo entendí treinta años después y pude entonces contarle.

Yael Araneda López

Letreros en el camino

Cuando niña me gustaba leer los letreros que estaban al borde de un camino. En aquella época le sacábamos el jugo al Chevy Chevette rojo de dos puertas en los veranos. Mi papá hacía un trabajo de alta ingeniería para meter los bolsos, el quitasol, las esterillas de playa, la Turistel, el canasto de picnic entre las piernas de mi mamá y las cañas de pescar sobre las faldas de mis hermanas y mía. Y cuando al fin se sentaba al volante ya estaba cansado. Entonces se fumaba un cigarro sin filtro, luego se pasaba un pañuelo empapado en Agua Brava por la frente y partíamos a la aventura medio aturcidas por la mezcla de humo y colonia.

Al inicio del viaje el entusiasmo nos embargaba, incluso aplaudíamos cuando se asomaba la primera vaca a la orilla de la carretera, o cuando mi mamá abría el canasto de picnic y de allí emergía la caja de Pandora; una bolsa de tela azul con sorpresas. Nos peleábamos por ser la primera en meter la mano y conseguir alguno de los tesoros que contenía, como un chocolate, un coyac o una tira de vitamina C. Si la suerte no estaba de tu lado te llevabas una fruta, y en el peor de los casos un calcetín enrollado o un termómetro envuelto en una hoja de papel.

Pero después de unos cuantos kilómetros todo se volvía aburrido. La radio ya no captaba ninguna emisora, mi papá despotricaba contra el camionero que no lo dejaba adelantar, mi mamá se sacaba los pelos de la axila con la pinza, mis hermanas se perdían en sus libros. Y yo como no tenía nada que hacer, estiraba el cogote hacia alguna de las ventanas, porque al ser la menor siempre me dejaban al medio, y leía en voz alta cada letrero que veía pasar hacia atrás: «aquí vulca», «se vende miel», «papas», «repuestos para autos», «queso de cabra», «camarones de río», «pare de sufrir», «cabritos al palo», «Si yo gobierno, usted gobierna», «NO, la alegría ya viene», «el diablo es magnífico».

Los intervenidos eran los mejores. Al «un amigo en tu camino» le rayaban el amigo y quedaba como «un paco concha su madre en tu camino». Ahí mi mamá me prohibía seguir leyendo, porque las señoritas no decían garabatos. Entonces yo sacaba una libreta y los escribía hasta que me cansaba.

Cuando tuvimos el Lada Samara azul, mi hermana mayor entró a estudiar a la Chile y en ese primer año viajamos a la capital en varias oportunidades. Mi mamá colocaba uno tras otro los casetes piratas de José Luis Rodríguez, y a veces, cuando cantaba «pavo real, uh, pavo real, uh», la pillaba mirando de reojo la pelada del papá, que parecía volverse más redonda y brillante cada vez que se repetía la canción.

Rápidamente aquellos viajes por la ruta 68 se volvieron monótonos. Conocía todos los letreros y me sabía de memoria el repertorio completo del Puma. Los kilómetros pasaban lentísimo y nada me hacía despegar la mejilla de la ventana. Salvo el amarillo de los aromos en flor al comienzo de la primavera, y aquella vez cuando veníamos de vuelta y nos encontramos con el término de la peregrinación a Lo Vásquez.

Como la fila de autos no avanzaba ni medio metro, mi papá apagó el motor y fue en busca de un café. Antes de que mi mamá se diera cuenta y mi hermana del medio se colara, me bajé del auto, tomé su brazo y juntos nos sumergimos en el calor delirante de los fieles descalzos, las guaguas vestidas con tul y encaje, los ciclistas, los comerciantes, las sonrisas por el favor concedido y los quiltros enfiestados con la basura del suelo.

A pocos metros del Santuario nos detuvimos. El sol parecía estrellarse contra la frente de mi papá. Se enjugó el sudor con su pañuelo y la vista le saltaba de las sopaipillas a los completos y de ahí a los vasos con mote con huesillo. Ni rastros de café.

Yo sabía que el tumulto y las ganas locas de fumar lo estaban poniendo nervioso, entonces coloqué las manos como una visera y logré avistar un quitasol verde con palmeras hawaianas del que colgaba un cartel que prometía: «Té, café y mucho más».

Dos mujeres llegaron primero que nosotros al puesto. Una engullía una churrasca mientras la otra le contaba que la fe le había salvado el dedo. Los médicos querían amputárselo, pero el miembro se recuperó y en agradecimiento a la Purísima caminó los últimos metros hasta su altar con una vela encendida, le dejó un mechón de pelo y le rezó un Ave María.

Cuando nos tocó el turno, el viejo sentado bajo las palmeras nos dijo:

—Me queda café pelao nomás.

Mi papá le pasó la plata y esperó la dosis de cafeína que el cuerpo le exigía a cambio de dejar de fumar. Y yo buscaba sobre la mesa plegable el «mucho más» que prometía el letrero, pero solo había un termo de tres litros, un tarro de Nescafé y un par de vasos huachos de plumavit. De pronto escuché unos quejidos, como los de un niño pequeño. Provenían de debajo de la mesa. Curiosa, levanté un poco el mantel y vi un gatito negro enrollado sobre sí mismo. A lo mejor el viejo quería regalarlo o venderlo, pensé. Entonces lo llamé con ese sonido sibilante que se emplea para llamar a los gatos. Él avanzó unos pasos hacia mí hasta que las patas traseras se le doblaron. Agitó la cabeza una, dos, tres veces. Le toqué el lomo para calmarlo. Era tan flacucho. Pero quité la mano enseguida, porque comenzó a retorcerse en el piso,

como si estuviera poseído o algo así. Luego se quedó inmóvil. Apenas abría y cerraba el hocico sin emitir ni un mísero miau. A mí tampoco me salían las palabras y el gato se moría. Miré a mi papá, bebía café y hablaba con el viejo. Miré a las vírgenes de los pósteres y los calendarios del puesto de al lado, parecían listas para hacerle la señal de la cruz en el entrecejo y mandarlo a dormir para siempre. No sabía qué hacer. Hasta que al fin me salió un grito. Mi papá se agachó rápido para ver qué me pasaba. Yo apunté hacia el gato y entendió. Le apretó una vez la barriga y una cosa alargada de plástico transparente salió de su hocico y aterrizó en el suelo ante la mirada atónita de las purísimas vírgenes y la mía, que era la primera vez que veía un condón usado. Alguien gritó «¡gato metiche!» y el animalito se perdió entre el gentío. Mi papá me agarró del hombro y en silencio regresamos al auto.

Mientras manejaba durante el último viaje que hice antes de la pandemia, uno de mis hijos leyó un cartel impostando la voz. Sentí una extraña melancolía. Recordé aquellos paseos de infancia, y otra vez, como si estuviera sentada en el asiento trasero, comencé a prestarle atención a los carteles. Entremedio de las pantallas y gigantografías de las universidades privadas, cadenas de farmacias, seguros y AFP resistía el «hay pan», escrito en una pizarra de tiza o en un cartón con lápiz pasta, suficiente para que el viajero que necesitaba calmar la tripa con una hallullita o pan amasado pudiera verlo. Cuando tomé la ruta 41 de inmediato aparecieron: «comida solar», «mermelada de copao», «sal», «alineación de chakras», «electrocupuntura», «lectura de tarot», «lectura del aura», «equilibrio de los cuerpos sutiles», «reiki» y por supuesto «hay pan». Y pensé que si algún viajero visitaba por primera vez el Valle del Elqui y no tenía idea sobre la Gran Fraternidad Universal de los años 70, ni de la nave de la NASA que supuestamente pasó sobre el valle y captó un punto luminoso y energético, ni menos aún de la supuesta visita de los monjes tibetanos a Cochiguaz, ya que el centro magnético de la Tierra se habría trasladado desde el Tíbet al Elqui, si nunca hubiese escuchado estas historias, de seguro con los carteles del camino le picará el bichito por probar algunas de las terapias alternativas locales o al menos la mermelada o jugo de copao.

A mí, dos letreros me hicieron parar la Tucson de un frenazo. El primero se encontraba a la altura de Algarrobito: «Lavados de sangre», escrito a mano con letras rojas y fondo blanco. Lo leí y me pasé el rollo de que te sumergían en una tina con sangre de algún animal sagrado, pero luego la idea de matar a un animal y sobre todo sagrado no me encajaba. Toqué el timbre para despejar dudas, pero no salió nadie. Después me enteré que son baños con agua fría y caliente que restablecen el equilibrio térmico del organismo.

El segundo estaba casi llegando a Rivadavia donde se unen los ríos Turbio y Claro. Sobre el techo de un galpón de lata decía con letras grandes: «Cuarzo rosado». No podía perderme la oportunidad de comprar una de mis piedras favoritas, ya que tengo la teoría de que me quita el dolor de cabeza al ponérmela en la frente. Mi pareja se quedó en el auto y yo bajé con los niños para que estiraran las piernas. Entramos al galpón. Era oscuro y silencioso. Después de unos segundos la vista se

acostumbró al cambio de luz y aparecieron las piedras. Grandes, medianas, chicas, en mesones de madera, en repisas y desperdigadas por el suelo. Entremedio de los cuarzos me encontré con un hombre mayor, de ojos azules sentado sobre el piso de tierra. Nos miraba. Caminé hacia él, pero su voz me detuvo.

—¿Qué quiere?

—Cuarzo

—¿Cuánto va a comprar?

—¿Cuánto vale?

—Depende de cuánto lleva. Elija y después le digo.

Mientras le daba un vistazo a los que estaban sobre uno de los mesones, mi hijo menor comenzó a entretenerse con las piedras del suelo. Las cambiaba de lugar y quería hacer rodar una grandota. Yo le gritaba desde el otro extremo que dejara de una vez las piedras tranquilas, y veía cómo los ojos del hombre se transformaban en dos rayos X que escaneaban a mi hijo de arriba abajo para luego sentenciar:

—Al niño le falta calcio, pero no le de leche. Pídale unas pastillas al pediatra.

Quedé con la boca abierta por unos segundos, luego le pagué los tres cuarzos rosados de tamaño mediano que había elegido y salimos del galpón. Afuera el sol resplandecía. Con la punta del pie toqué suavemente a un perro que descansaba bajo la sombra del parachoques y pegado a una de las ruedas. Él se incorporó desganado y yo subí al auto.

Máximo López

El cinturón de tachas

«Quien no se atreve con lo imposible,
nunca alcanzará lo posible»

Colectivo Cabartet Voltaire.

Mi primer trabajo fue el de empaquetador en el por ese entonces único y recién inaugurado supermercado de Puente Alto, construido a un costado de su plaza principal. Mi labor era empacar mercadería en cajas de cartón separando la comida de los útiles de aseo, siempre optimizando el espacio como se hace en el juego del Tetris, algo fácil hasta el momento de amarrar las cajas con una pitilla plástica. En la primera semana mis bultos fueron fracasos consecutivos que terminaban en cajas desfondadas, mercadería esparcida por el suelo, clientes furiosos y pocas propinas. Si bien lograba una lenta mejora con estos amarres, era el único del grupo incapaz de cortar el cordón de plástico sin la ayuda de unas pequeñas tijeras que guardaba

como hueso santo en el bolsillo trasero de mi pantalón de colegio. Ocupar esta herramienta me ocasionó ser objeto de burlas entre mis compañeros, que al final de cada caja amarrada alzaban sus brazos como lo hace un karateca y cortaban de un tirón la maldita pitilla.

Un día, a la espera de comenzar mi turno, se acerca uno de mis colegas apodado el Rata, a quien siempre veía caminar por la población luciendo bototos militares, pantalones ajustados y poleras de bandas que no conocía. Me dice que a él también le da risa cuando saco las tijeras pero que se la aguanta porque odia ser igual que los demás. Luego se ofrece a enseñarme a cortar la pitilla, poniendo énfasis en que no se trata de tener fuerza, que es una técnica y que como toda técnica solo es cuestión de practicar.

Al día siguiente nos juntamos en la entrada del supermercado y saca de su morral de milico un trozo de pitilla, la que ata a una pata de un carro de supermercado y corta de un solo tirón. Me explica que al frotar dos pitillas muy rápido estas se quemarán y cortarán sin problema, lo intento unas cuantas veces hasta que lo consigo.

Para agradecer su ayuda le invito unas cervezas a la salida del trabajo. Acepta y nos vamos caminando por en medio de un potrero, le pregunto sobre su polera y me cuenta que es de una banda punk llamada Dead Kennedys. Mientras me habla de ellos, saca un cassette de su personal estéreo, lo guarda en su carátula donde aparece la imagen de un cristo crucificado sobre un billete de un dólar, me lo pasa para que lo escuche, y sigue explicándome que las poleras las compra en un caracol de Providencia, el morral y los bototos en el persa de Los Morros y que su cinturón lleno de tachas se lo mando a hacer a don Pato, un zapatero al que varias veces le llevé los zapatos taco alto de mi mamá para que le cambiara sus tapillas.

Juntando dinero con las propinas visito a don Pato para encargarle un cinturón como el del Rata. Su taller es un lugar pequeño, una ampliación construida en el antejardín de la casa de su hermana; desde el mesón de clientes se puede ver detrás de una cortina entreabierta una pequeña cama rodeada de libros. Dentro del negocio las estanterías para los zapatos también tienen libros y del único muro libre cuelga un retrato de un hombre gordo con pelo y barba larga, sin pensarlo le pregunto si es su papá, a lo que responde que en cierto modo sí, pero su papá ideológico explicándome que se trataba de Mijaíl Bakunin, prócer del anarquismo ruso y uno de sus filósofos favoritos. Con entusiasmo me cuenta algunas de sus hazañas contra los últimos zares y cómo abandonó una vida llena de lujos para unirse a la lucha obrera en diferentes ciudades de Europa. Le pregunto por el precio del cinturón y me responde cinco mil, que no es necesario que le abone y que lo tendrá listo en una semana, me estrecha la mano y me dice que me lo deja en cuatro mil, siempre y cuando lea unas fotocopias anilladas que me pasa con el cuidado de cuando entregas algo ilegal.

«En nombre de dios se maldicen todas las relaciones naturales humanas, incluida la amistad ya que el cristianismo solo permite amar en nombre de dios».

Alcanzo a leer antes de comenzar mi turno en las fotocopias de *Dios y el Estado* escritas por Mijaíl Bakunin.

Entre el armado de cajas le cuento al Rata de mi lectura y me dice que don Pato siempre le presta libros y que posiblemente esas fotocopias sean las misma que él leyó hace un tiempo. El día de retirar mi cinturón le pido al Rata que me acompañe y aprovecho de devolverle su cassette, agradeciéndole le digo que me gustó la música, aunque no sé nada de inglés, entonces me cuenta que llegó a Chile hace tres años desde Suecia donde vivió su niñez y que en ese país pudo aprender inglés e incluso pudo ir a un recital de los Dead Kennedys acompañado un primo algo mayor, donde Jello Biafra, vocalista de la banda, cierra su show lanzándose al público luego de quemar una bandera de Estados Unidos. También me cuenta que unos meses antes el mismo vocalista arrendó una casilla en uno de los bancos más importantes de Los Ángeles llenándola con cabezas de pescado, dejando putrefacto durante semanas el lujoso edificio.

Al llegar a la zapatería don Pato sale a recibirnos delante del mesón y nos ofrece tomar de su mate. Me pregunta por la lectura de sus fotocopias, a lo que le respondo que me pareció mucho más entretenido que mis lecturas para la asignatura de Filosofía del colegio. Le pregunto si en Chile hay anarquistas y me dice que estoy con dos.

Me señala la fotografía del muro y nos cuenta de que el día anterior vino un militar para arreglar unos bototos y que lo trató de comunista confundiendo a Bakunin con Marx, algo que también le había pasado en los ochenta con un grupo de civiles de lentes oscuros y que bajándose de un Peugeot intentaron llevárselo preso por comunista, a lo que él les respondió que el los detestaba tanto como ellos, que el de la foto no era Carlos Marx y que se trataba de un retrato de su padre, sacando una enciclopedia llena de ilustraciones y mostrándoles una foto de Marx para que comprobaran las diferencias. Los tipos se retiraron mirando el suelo ya que ninguno de ellos sabía algo sobre la anarquía.

Al entregarme el cinturón me dice si quiero llevarme algún otro libro, el Rata ya había tomado las *Elegías* de Domingo Gómez Rojas.

Mi libro lo elijo guiándome únicamente por las ilustraciones de la portada en donde aparecen unos asaltantes enmascarados con pistola en alto arrancando con varias bolsas de dinero, es un libro pequeño titulado *Por qué he robado* de Alexandre Mauris Jacob. Don Pato nos adelanta que este libro fue escrito en la cárcel luego de que el autor matara a un policía huyendo de un asalto a un banco de París. Me cuenta que el primer asalto a un banco en Chile también fue hecho por un grupo de internacionalistas a los que la prensa chilena apodó los Apaches, encabezados por Buenaventura Durruti, reconocido anarquista español que llega al puerto de Valparaíso en la década de los 20. Don Pato nos explica con convicción que ambos atracos no son simples robos, que son recuperaciones muy pequeñas en comparación a todo lo que los ricos le roban a los más pobres y que como dice citando a otro anarquista «el único robo es la propiedad». Con el Rata pasamos a la botillería y nos compramos una caja de vino, me dice que no le cuente a don Pato que tomamos, que a pesar de todo lo que ama la libertad se pone furioso y no soporta a los curados.

El libro lo leo esa misma noche y ya me siento con ganas de pedirle otro más al día siguiente.

Es la tercera semana del mes, por lo que el supermercado casi no tiene clientes así que aprovecho para irme antes al taller de don Pato, pero al llegar lo encuentro cerrado. Mientras golpeo la puerta sale de la casa la que me imagino es su hermana, quien con los ojos hinchados me mira para decirme que en la mañana desde un auto le dispararon cuatro tiros a su hermano y que ahora va a buscar su cuerpo al hospital.

Me quedo en la cuneta mirando el dibujo del libro que ya no devolveré y me pregunto si don Pato también asaltaba bancos o si ahora los civiles de lentes oscuros saben igual que yo que existe la anarquía.

Gabriel Ocaranza Rojas

El salvador de Raúl

Nunca he leído a Salvador Reyes pero mi padre sí. Es el último lector que se ha salvado en ese reino costero pero esto ha sido solamente a costa suya: a nado estilo libre por esta larga playa la ruta la ha trazado él mismo de norte a sur buscando las orillas donde su escritor favorito estuvo en pie, mirando al igual que él la mar, la marea, las marejadas y por un momento tratar de comprender la historia de los hombres solitarios.

Le gusta su escritura, pero no es tan sencillo como eso: le gusta su correspondencia y aún más le habría gustado ser su amigo y que él le contara historias de sus viajes por la mar. Tiene sentido: es un hombre que admira a otros hombres e inventa historias para parecerse a uno de ellos. Es el espíritu de una época que en los dos se agota. Es atravesar la conversación y encontrar una voz con la cual entenderse en el silencio, la distancia, el sueño y así llegar a puerto con un poco menos de nostalgia.

Él, nortino, al igual que el otro, busca por todos los medios salir del desierto de Atacama. A uno le resulta mejor que al otro. Pero en ambos se perfila una sonrisa a pesar del horror de sus respectivas épocas. En otras palabras, son felices mirando por la ventana cómo transcurre la vida y ésta da pie a la imaginación, una inventiva que en ambos abrió mares: uno escribió muchos libros y el otro tuvo tres hijos pero los dos han estado en altamar o al menos una temporada en la costa como para sacar a flote lo que podríamos llamar una literatura marítima.

Mi padre suele escribir poemas pero estos son una costa aparte de la literatura, tan raros de hallar como una edición de *Barco ebrio* (1923). Y esto lo sé porque él se ha encargado de recopilar la vida y obra de su amigo. Es un coleccionista de su obra, sus libros son para él conchitas, caracolas y estrellas de mar que ha hallado

caminando por esta ruta costera. Es como si fuese el encargado de mantener viva una tradición marinera, una hermandad de la costa o sindicato de pescadores que sólo existen en el gesto de quienes miran más allá del mar y se zambullen en sus aguas o de quienes aún saben cómo anudar rápidamente los botes a la caleta antes de que suba la marea.

En cierta ocasión, caminando juntos por Valparaíso, fuimos atraídos hacia un paño con un mar de libros usados en venta a precios irrisorios. Uno por trescientos pesos y dos por quinientos y si son algo más grandecitos, al ojo del vendedor pueden costar luca. Allí, él encontró un ejemplar de *Lo que el tiempo deja* (1932) a mil pesos. Recuerdo su expresión: primero el rostro parco, casi desinteresado del sigilo al saber que está en presencia de una joya y que no lo podía descubrir el librero a fin de no subirle el precio por tincada. Luego, el desborde del río: el regocijo del niño que obtiene un juguete nuevo y lo lleva firmemente tomado entre sus manos para la casa. Fue verlo rencontrarse con un amigo muy querido, extraviados los dos en medio de la efervescencia de calle Uruguay, una de las tantas desembocaduras que dan hacia el mar en el puerto.

Hace poco él me obsequió el libro *Valparaíso puerto de nostalgia* (1955). Lo envió por correos de Chile. Insiste en compartir su obsesión conmigo pero a mi escasamente me interesa Salvador Reyes. Otras son mis búsquedas y lecturas. Una de ellas es mi padre y su relación íntima con la literatura. Bolaño menciona a través de una larga anécdota en *Nocturno de Chile* (1999) la situación en que «ya nadie se acuerda de Salvador Reyes en París, en Chile pocos, en efecto, lo recuerdan y menos aún lo leen». Por allí se percibe que la labor realizada por mi padre no es solo íntima sino que es completamente solitaria. Depositado en el continente de los hombres solos, allí la nostalgia transforma a mi padre en el lector más codiciado para un escritor: quien se encarga de rescatar su obra del olvido y por un minuto hacer que su nombre siga siendo pronunciado.

De todas las obras publicadas por Salvador, actualmente a mi padre le falta solo una. *El mandarín de otoño* (1933). A veces, cuando paseo y busco libros en las veredas pienso en ese tomo aún perdido para él, bellamente difícil de encontrar. El fin de una obra llegará cuando él o yo estemos de pie frente a este escaso ejemplar pero permanecerá en el recuerdo la ruta del tesoro y las historias de navegación.

Hay una piedra con una placa conmemorativa allá en Copiapó en la casa donde nació Salvador que indica que «Aquí nació el 16-08-1899 Salvador Reyes Figueroa, escritor y viajero errante del mar y del desierto. Miembro de la Academia de la Lengua 1960 y Premio Nacional de Literatura 1967. Falleció el 27-02-1970 en Santiago». Acá cerca, en Viña del Mar, hay otro monolito similar con palabras escritas por él mismo: «El mar es la patria de los soñadores. En todas las vidas en pugna con lo cotidiano hay un golpe de mareas y es en el surco abierto por los barcos donde fructifican las semillas de los mejores sueños».

Mi padre es un soñador y es tan importante para la literatura como el mismo Reyes. Desde Copiapó aún lee su obra y mantiene prendido un faro donde se imagi-

na que su amigo lo busca desde altamar. Es como si en un naufragio dos hombres se agarrasen entre sí para nadar juntos y así evitar ahogarse y fuesen desesperadamente el uno el salvador del otro.

Chevrolet S10 blanca

Por la lejana montaña va
cabalgando un jinete
se trata del Teniente Bello
montando el unicornio azul¹

F. Rivera (1955)

El Ford Impala blanco de *Los Detectives Salvajes* (1998), la motoneta BMW de Juan Luis Martínez, el Opel Astra azul de Sergio Muñoz, la Ford Ranger gris de *Camanchaca* (2009), todos los vehículos presentes *En el camino* (1957), la moto negra de Mario Santiago Papasquiari, el Datsun 130 celeste de mi madre, los buses Copiapó-Santiago a diez mil pesos sin baño el pasaje y la camioneta Chevrolet S10 blanca de Fernando Rivera tienen en común ser vehículos rugientes tan bellos como una ráfaga que parecen afilar la autopista. Avanzan por el mapa dibujando otro mapa más íntimo: la ruta de escape, un boceto más de la experiencia y el nomadismo.

La S10 de Chevrolet es un vehículo inteligente con un motor 2.8l turbo diésel con 200 CV, caja de seis velocidades, 440 Nm en su versión manual y 500 Nm de torque en su versión automática: la Chevrolet S10 combina potencia y eficiencia de una forma armónica, similar a los poemas escritos por Fernando en *Raíz de uno* (2011) y en *Calendario* (2018).

«Los objetos en el espejo están más cerca de lo que parecen», por eso mismo no se escribe tan sólo del hombre sino de la aldea con una florida ribera secreta a la que solo se puede acceder siendo dateado y dirigido por los pobladores. Por eso escribir sobre él es inevitablemente escribir sobre la provincia y sus formas de convivir con la poesía: es un secreto a voces que ensaya el silencio y aun así da motivos para romper ese inventario por la incertidumbre que provoca habitar lejos del centro y la certeza de hablar en un dialecto.

Escribe Jaime Pinos sobre «la poesía como generosidad» y a raíz de esto recuerdo haber visto a todos los poetas copiapinos abordar la camioneta de Fernando rumbo a la casa de Mirtha Colman (poeta y pintora) a las reuniones de la SEC². Para el trágico aluvión del 2015 esta casa, que queda a las afueras de Copiapó, más cerca de Paipote, fue atravesada por un río de barro. Recuerdo a toda la SEC sacando barro de la casa de Mirtha. De esa época, dos imágenes en particular persisten en la

1 *Circunstancial amor a primera vista*, transcrito según registro personal.

2 Sociedad de Escritores de Copiapó.

memoria de los escombros: Rivera con el barro hasta el cogote fumándose un pucho tranquilamente. Su camioneta embarrada recorriendo la ciudad en auxilio de otros escritores.

A la fecha, él está a la cabeza de este grupo pero lo verdaderamente importante es que ha conglomerado voces y escrituras que suelen perderse en el viento del desierto de Atacama pues la escasez no es solo hídrica, también es cultural: en medio de esa sequía Fernando es la gotera que mantiene la humedad y frescura necesaria para que florezca el desierto y los escritores jóvenes se animen a hacer de la literatura algo cotidiano y material, como cuando el poeta desciende de su camioneta y camina a través de la feria del domingo por la Avenida Circunvalación para luego escribir crónicas cargadas de humor sobre el paseo dominical. Vida y literatura son dos calles que topan en la esquina, donde por ejemplo, anota él que «uno de los comerciantes de pescado, corta una botella de bebida de esas de plástico por la mitad y la usa de megáfono para publicitar su producto. Un tremendo vozarrón, al mejor estilo de Pablo de Rokha. Doy fe, entonces, que Literor², una actividad literaria que se realiza en Copiapó, expande su influencia, ya que una de sus propuestas de lectura literaria es usar solo megáfonos para leer, sean estos cuentos o poesía. Recomendaría a estos muchachos (el brazo juvenil de la SEC), una lectura pública en la Feria, sería fantástico, porque además, en la cancha se ven los gallos. Armas a usar: el megáfono. Contrincantes: poetas y cuentistas versus vendedores de pescado. Se podría decir que sería una velada cultural también de lujo e inolvidable³».

Fernando ha leído mis primeros versos y también los más recientes. Yo he leído su obra y le he escuchado recitarla. En cierta ocasión en una de esas «veladas culturales de lujo e inolvidables en Copiapó, un borracho amenazaba con boicotear este magno evento. A cada joven escritor que leía el borracho gritaba ¡aburrido! ¡váyanse! o ¡cállense un rato!», lo que ciertamente alteraba los ánimos de los poetas. Al momento de su lectura, él no toleró esta marcada interrupción y, en defensa de la juventud, no esperó ni un minuto para ponerlo en su lugar con un seco y certero «¡cállate conchetumare!» que caló hondo en el hombre, lo recompuso y lo ubicó en silencio al fondo de su vaso de cerveza. Por eso los poetas jóvenes no podemos hacer más que agradecer la existencia de esta ribera y su extensión a través de su hijo Vicente. Es un hecho que el río Copiapó está seco hace años pero cuánta alegría me provoca que existan dos Riveras para prolongar este río.

2 Literatura, Ensayo y Error.

3 Extraído del muro de Facebook de Fernando Rivera Lutz. Publicación del 7 de diciembre de 2014.

Alvarex

Cines

En el Séptimo Vicio hacen un mapeo de cines fantasma, espacios donde antes hubo una sala. Entrevistan a tipos que de niños asistieron a ellos. Son memorias que hacen eco en las mías, recuerdo al Valparaíso que solo existe en fotos e imaginaciones. En la actual feria artesanal de Pedro Montt fuimos a ver *La Máscara* de Jim Carrey. Cuando aún era el Teatro Imperio nos llevó la mami a la Denysse (mi hermana) y a mí junto a la Paty (nuestra tía) y mi mamá que se sumaron esa vez. Donde está el actual Cine Hoyts antes estaba el Metro (o MetroVal) con dos salas, una en cada piso, las que el Hoyts dividió en cinco: en dos el segundo y en tres el primero. El Hoyts se inauguró a mediados del '98; la fachada, marquesina, letrero y parte del interior se mantienen, hasta ciertas cornisas y formas en el interior de la sala del segundo piso son las mismas del Metro.

En el programa rememoran idas al cine enmarcadas en paseos familiares, rituales como «andar arreglados», y salir a comer o a jugar a una plaza al salir. Nosotros también lo hacíamos, por lo que asistíamos sólo a funciones de Matinée o Vermouth; casi nunca de noche. Después de la película de turno con mi abuela y mi hermana íbamos al Vitamin Service cuando aún había salón de fumadores, sino a los juegos de la plaza Victoria. Entre otras vimos *El Rey León*, *La Bella y la Bestia*, *El Jorobado de Notre Dame*, las pésimas *Batman* de Schumacher, varias de Jean Claude Van Damme, las *Star Wars* remasterizadas, *El día de la independencia*, *Señales*, *Gladiador* y muchas comedias olvidables.

Nos llevaban al cine desde siempre, si no era la Mami nos llevaba la Paty, mi primer recuerdo en el cine es con ella y una Denysse muy chica en el MetroVal subiendo por las escaleras de madera de la sala buscando las últimas butacas disponibles entre el murmullo de los espectadores. En la sala tan inmensa y oscura que no se distinguía qué tan lejos estaba el techo ni la distancia entre las paredes de los lados, menos cuanta gente había dentro. Al rato frente a nosotros Marty McFly y el Doc Brown conversaban en inglés mientras la Paty nos traducía bajito.

La Mami, la Paty y mi abuelo vivían cerca de nosotros en el mismo cerro Placeres, a quince minutos a pie o menos de tres en micro desde nuestra casa. Teníamos dos formas para reunirnos antes del cine: subíamos en micro a almorzar para luego bajar los tres juntos o —previo acuerdo telefónico— salíamos al paradero a esperar la micro en que viniera. Mi abuelo nunca fue con nosotros, no sé si era porque no quería dejar la casa sola o no le gustaban los cines. Las películas sí que le gustaban, cuando aparecían Bud Spencer, Terence Hill, Cantinflas o algún vaquero

las veía todas en la tele. Con él en cambio salíamos de paseo al poco de bosque que quedaba en el cerro en ese tiempo. Quizá era mi abuela la que inventaba motivos para ir sin él, tenernos para ella sola o sentirse independiente. De lo poco que sé es que vendió whisky a conocidos y libros de puerta en puerta, entre Santiago y Valparaíso, al terminar esa pega se quedó con muchos ejemplares lo que explica el tamaño de su biblioteca.

Un día mi hermana le dijo a mi abuela «¿Y si me pasai la plata en vez de que vaya?», la desprecié por rechazar la experiencia. La última a la que fuimos los tres fue a *Insomnia* de Nolan, en el Hoyts.

Empezamos a ir solos con mi abuela, vimos *Una Historia Sencilla* (le encantó), *Bailarina en la Oscuridad*, con Bjork (lloró); en esta época caminábamos conversando a tomar micro o colectivo, sin Vitamin. Vimos *Las Horas* la última vez: Kidman hacía de Virginia Wolf en los veinte, Julianne Moore era una dueña de casa en los cincuenta oprimida por su vida familiar y Meryl Streep en la historia más moderna. En determinado momento cada una besa a otra mujer románticamente, cada una se enfrenta a la muerte, al tedio o a la posibilidad de escapar al rol que se les ha asignado. Sentí que mi abuela conectaría, sobre todo con la dueña de casa (el personaje de John C. Reilly, un esposo bonachón y aburrido que no comprendía del todo a su esposa, me hizo pensar en qué tantas similitudes tendría con mi abuelo), pensé que ahora por fin me hablaría de su vida interior, tantas veces intuida, gracias a esta historia al fin vislumbraría a mi abuela no solo con el papel que interpreta frente a sus nietos, sino como una persona cuyas decisiones crearon las circunstancias para ser quien era en esos momentos pero que pudo haber optado por otra vida. Hasta agradecí a mi hermana no asistir para tener este momento para nosotros solos.

Salimos al frío de la noche, bajo la marquesina del cine le pregunté qué opinaba de esas mujeres, expectante por su respuesta.

«Que eran... raras» me dijo exhalando un vaho, entendí que se refería a los besos.

No hablamos más en el camino.

Paula Merlo

Negro blues gran cartel

|

Raúl asegura que el punk —ya fue— no lo escucha hace bastante tiempo, dice que le aburre. Gracias a su abuelo, un ex mecánico que terminó sus días trabajando para la Armada de Chile, heredó el gusto por la música clásica. La primera vez que conoció la obra de Mahler, fue en un antiguo tocadiscos marca Bolocco, en la casa familiar del puerto de San Antonio. Ahí se dio cuenta que existían los matices, colores y el tiempo, por lo tanto la posibilidad de nuevos paisajes. Lo que le voló la cabeza.

Cecilia lo crió siendo madre soltera en la comuna de La Florida. Lugar donde aún quedaban canchas con pasto, rodeadas de pimientos. Ahí armó un grupito de amigos experimentados en el vértigo, la discusión y el vino en caja.

The Smiths, posiblemente es la única banda que siguió escuchando. En su cuarto, aún conserva un pequeño altar polvoriento, cubierto con una manta tejida a crochet, una foto de su abuelo, una imagen de Bach recortada de una revista y en la pared un poster de Morrissey.

«Sueño con nadie, excepto conmigo mismo; Dios sabe que tengo que vivir mi vida».⁴

Los fines de semana se volvieron sus jornadas laborales, lo que considera la mejor excusa para dejar de ver a sus amigos. En estos días se hace llamar Rocco, sueña con viajar a Italia a cultivar margaritas. Su tenida habitual para salir es de negro sagradamente, con unos ajustados jeans que resaltan sus gónadas, una remera corta pero holgada y un perfecto jopo bien endurecido como el de Elvis, que vuelve locos a sus clientes.

No sabe bien cómo llegó a ser el taxiboy más cotizado de Bellavista. Argumenta que se debe al cuidado de su imagen, ya que, se preocupa de andar limpiecito, además de llevar consigo siempre un condón en el bolsillo. La puntualidad es otra de sus características. Tras un acuerdo telefónico coordina la cita. —Hay que dar buena impresión y tener el aparato bien cargado— —sobre todo si es la primera vez—.

Su claridad es que este oficio le debe cambiar la vida, ampliar su itinerario a nuevos lugares hasta llegar a ser un atractivo fugitivo, personaje que se dedica a

4 The Smiths (1984) «William, It Was Really Nothing» [Canción] *Hatful of Hollow*. Rough Trade.

perfeccionar frente al espejo y en cada uno de sus encuentros sexuales. Esencia que ha provocado varios enamorados en la ruta, que luego de la primera cita persiguen su pista y evitan la fuga a punta de regalos o delirantes sobornos.

Se le puede encontrar en la intersección de Purísima con Bellavista, ahí mismo donde está el hippie que vende marihuana, y el nazi traficante de cocaína. Un triángulo perfecto para conseguir todo tipo de cosas. Rocco cuenta que nunca le cayó bien Coto, más allá de ser un artesa hediondo siente una actitud extraña en él. Además no le gusta ver a tantos niños tan tarde en la calle, le recuerdan a sus sobrinos, la mayoría de las veces les ofrece un kapo o una sopaipilla, para pasar el hambre.

—¡Pero estos cabres chiques son pesades!

—¡No les interesa la comida!, tienen la mirada en otra parte.

—¡Además son duros!, se parecen a esos perros cholos que te persiguen cuadras y cuadras y ni se cansan.

Cuando se compara con el resto de sus amigos, su postura siempre tiene que ver con el «progreso», se jacta de leer a Friedman y al Marqués De Sade, le avergüenza machetear en la esquina, —como huecón—, además considera la prostitución mucho más nihilista.

Su mayor anhelo es mantener a su madre, comprar una moto y afinarse un poco la nariz, ya que siente que es muy tosca.

«No es importante que sepas mi nombre, ni yo el tuyo; lo que das es lo que recibes».⁵

II

Es sábado, Coto ya está instalado junto a su paño con productos fabricados de hilos de colores, alambres de cobre y piedras exóticas. También vende papelillos, pipas de arcilla fabricadas por él. A Raúl le dieron ganas de fumar un porro —para el frío— a causa de la humedad de su pelo, recién lavado en la ducha de un motel. No sabe a quién acudir, que no sea el artesa hediondo. Milton Rodríguez Bastías, alias Coto tiene fama de ser una persona «encantadora», tiene suerte con las mujeres, usa el pelo largo y tiene tatuado un toro en su brazo, en honor a su signo. Además de vender marihuana comenzó a traficar cocaína, lo que aumentó su dependencia a esta droga. Son pocos los que conocen a Milton en su faceta violenta de guardia en las fiestas del barrio alto, que finalizan a golpes y con cabros chicos escalando los muros.

Raúl, enrola su porro y se aleja del favorito de Spiniak, según las declaraciones de testigos en el juicio. Dos cuadras, prende su cigarrito, encuentra un grupo de punk que macheteaban en Bellavista, un flaco de alto y escobillado mohicano lo increpa alegremente.

—¿Y tú usas jopo, ahora? ¿Estás en la volá Rockabilly? ¡Hace tiempo que no te veía, casi no te reconozco!

5 The Jam (1980) «Start» [Canción] *Sound Affects*. Polydor.

Las esquinas de Santiago centro están divididas entre los punk del Telepizza, los del Bustamante y los de Santa Lucía. Esos son los de la capital, los demás que se juntan en sus comunas, son los de provincia —por así decir— todos desean llegar de alguna forma a estas cotizadas aristas. A la vez, si formas parte de alguna, no puedes ser parte, ni juntarte con los demás. Situación ilógica que confundió la llegada de Raúl, quien tras machetear y ser golpeado reiteradamente en cercanías de la ahora Plaza Dignidad, pudo formar parte del clan. Al comienzo las discusiones siempre fueron musicales o domésticas, se juntaba dinero para ir a una tocata y por supuesto para beber. Raúl en aquel entonces defendía a la banda OrgasmO como los pioneros del punk nacional, otros mencionaban a Los Censurados, Los Vinchukas, Los KK, Los Pinochet Boys, Kaos, Ocho Bolas, Anarkia, Álvaro Peña, Corazón Rebelde, Los Jorobados, Violeta Parra, etc. Esta vez no hubo discusión, los chicos aun no consumían ni una gota de alcohol y los niños parecían estar a punto de dormir en sus casas. La noche recién comenzaba, por lo que Raúl con una insípida sonrisa decide compartir por unos minutos con sus ex amigos, a la espera que su teléfono vuelva a vibrar.

«No te vayas niño/ Déjame seguir/ Límpiame la sangre/ Quién manchó mi ropa/ Di mi nombre a los demás/ Quiero ser el más famoso / de los asesinos / Monedas con caca / Voy a pagarte / Dinero sucio, dinero falso / Recibe la paga / No seas huevón / De algo hay que vivir».⁶

III

Technificar significa sintetizar música partiendo de los ritmos robóticos que se volvieron imprescindibles para los humanos. El techno es el funk para androides que mueven las cabezas en vez de las caderas. Mientras conjugan el tiempo presente y el representado como lo haría Bruce Nauman en la pista de baile; otros culminan en una especie de espasmos, que los guían rumbo a la barra de la discoteque, hasta conseguir alguna cura.

El mayor atributo de la Blondie, es que se convirtió en un espacio de desinhibición, necesario para los que ansiaban escapar de sus cuartos, cansados de bailar sin compañía y quienes anhelaban descansar un rato de la calle. Aquí no se discernían clases sociales, el sonido era capaz de envolver a sus asistentes en una atmósfera desconocida, pero placentera para la mayoría. En este antro había dos posibilidades, entrabas en la onda o esta te expulsa violentamente, para volver a vagar por el bandejón central de la Alameda.

En medio del ímpetu de destape se cruzaban cuerpos, texturas de áspero látex y saliva alcohólica de personajes imposibles de reconocer a la luz del día, extraídos de diversos comics o novelas, según el especial y el rincón en que te decidías

6 Los Jorobados (1996) «Estado de tensión» [Canción] *Etapa Anal*. CFA.

abstraer. Aquí comienza el rumor, el de personas que se miran en silencio. Deseos de color estroboscópico que ficcionaliza a los que miran el suelo.

Una mujer de estilo gótico camina por este sucucho como si fuese una pasarela, una vampira distinta a las demás, por su garbo aristocrático y su belleza anglosajona. Acercarse a ella parecía ser un movimiento de ajedrez, se cuenta que siempre anduvo sola en un silencio errático, ocultando sus perlados colmillos. Sin embargo, varios fueron los que intentaron cruzar alguna palabra, tan sólo para sentir su cálido aliento a temperatura de la sangre ajena, la que se dedicaba a sucionar. Pero con cierta suerte, recibieron un gesto de fría amabilidad.

«Si tuviera colmillos te desgarraría desde la lordosis naciente de tu coxis hasta la base del cuello, esa anatomía de ciervo-boa, que despiadada y desnuda has arrojado en mitad del piso para saciar mi sed de ti. Comenzaría despacio, apenas consciente, respirando cansado detrás de cada exhalación, asfixiando cada último aliento que como tenebrosa sombra dejarías suspendido a ras de un cristal a punto de estallar, sólo para buscar tu boca hinchada de rojo y agua, saturada de morderse a sí misma, violentada por mis anhelos erectos, ese fuego que recién has comenzado a distinguir, sin saber que desde siempre te ha quemado los senos confundidos, esa vulva de ventosa, tu insolente corazón carente de sangre».⁷

Esta vampira sin nombre a quien es dedicado el poema de más arriba, resultó volver a aparecer, ahora en circuitos ligados al arte. Levitaba al atardecer por algunas calles del barrio Yungay, pasando por una casona, que por un tiempo se llamó Casa de Orates, hasta cruzar al Parque de Los Reyes, para llegar a la Perrera Arte. Ahí en su rol de curadora de mirada sagaz, presencia en un silencio sacro, una extraña performance de la cual ya parecía estar enterada. El artista de apellido Novoa Longueira, intentaba hacer unas pinceladas sobre un lienzo blanco, con sangre de un enfermo de sida. Asistido de un torpe enfermero y unas mujeres en destapados atuendos, quienes guiaban a Patricio Egaña Salinas, envuelto en una túnica roja; vestido como una especie de emperador romano, para donar su sangre contagiada. Egaña, ese día terminaría en el hospital a causa de una severa hemorragia —según el pintor— tuvo la intención de demostrar que no le interesaba el dolor físico. El performance se llamó *VIH painting* y Benjamín Novoa, siempre acompañado de alguna belleza gótica, intenta hacer una gira por Europa con esta obra, que culminaría en Alemania. Continuó tres años más tarde (2008) en España con la participación de Annouk, una paciente seropositiva quien donó su sangre con la intención de dar a conocer su caso. En el diario *La Vanguardia* declararía «El VIH painting no es un acto político, lo veo como un acto humano».

IV

Existen por lo menos dos generaciones de chilenos que deben recordar la publicidad de Té Club. Una interminable mesa de mantel blanco, que recorría los extremos de esta «larga y angosta faja de tierra», característica geográfica que se suele utilizar para identificar a Chile. Lo que quizás no reconocen en esta gran mesa, es que fue creada por un ingeniero comercial, encargado del área de marketing de la empresa ya disuelta Frigosam S.A, junto a Enrique García, publicista y ex director ejecutivo de Canal 13. Hoy en día, a nadie se le ocurriría sentarse a tomar once, o compartir un té pelado con el creativo empresario Claudio Spiniak, a quien se le ocurrió esta imagen que representa la convivencia del pueblo, gracias a una tacita de té.

Spiniak de alguna forma siempre buscó ser el centro de atención, en sus relatos de infancia se puede encontrar un episodio cuando era estudiante en el colegio Grange School, que marcaría un precedente en su personalidad quebrada; tras una riña su contrincante lo termina orinando encima de la ropa, tirado en medio de las canchas de rugby del establecimiento. En presencia de los demás alumnos, quienes asistieron a dicha escena sin pronunciarse. Desde este momento el niño Spiniak, iniciaría una búsqueda rumbo a la experimentación por cosas fuera de la «norma», le gustaba ser humillado, afirmar más tarde en una de sus entrevistas desde prisión.

Cuando Salvador Allende asume la presidencia de Chile en 1970, la familia Spiniak Vilensky de ideología contraria y bastante acomodada económicamente, toma la decisión que el estudiante de Economía y Administración de la Universidad Católica se fuese un tiempo a España, ahí pasa tres meses; pero no es hasta cuando viaja a la ciudad de San Francisco en los Estados Unidos, para tener su primera experiencia sadomasoquista. Extraída desde una revista pornográfica masculina a la que ya estaba suscrito; en ella se advierte: «Llama y te arrepentirás de haber nacido, pero después querrás que se repita». Ya adulto este tipo de actividades se fueron intensificando, para repercutir en conductas ilícitas, y así convertirse en el empresario pederasta más vapuleado de Chile.

Perversiones donde sólo él podía poner los límites, bien lo sabían sus proxenetas, los chicos de las caletas de Mapocho y los adolescentes que frecuentaban prostíbulos cercanos a la Plaza de Armas. Estos son los llamados niños suicidas, los que se escaparon del SENAME, de sus casas sin madre ni padre, golpeados con hebillas, palos de escobas y todo tipo de material que estuviese a la mano para descargar la frustración; los que no pudieron ser abortados y no les quedo otra, que conformarse con las aventuras de la capa subterránea del Gran Santiago.

Allí debajo de los puentes, donde la mayoría no quiere mirar, pero que de igual forma perciben el flujo trapo del río al cruzar. Los más valientes, se detienen en la profundidad de las aguas turbias para observar afortunados escapes en la pesca al cerco, donde pequeñas especies en constante proliferación deben aprender a preñar o simplemente son depredadas por peces más gordos.

Empolvados cuerpos sin rostros, que no se olvidan por un par de semanas. Seguramente de ahí se reconoce a Cristián Boza Benavides, quien logra escapar por un muro de una de las casas de Spiniak en Manquehue y que es considerado como «tacha», en su testimonio que acusaba al empresario de abuso sexual. Sin embargo, fue condenado por abuso reiterado a Alexis Silva Pino, Javier León Silva, Nibaldo Villar Muñoz, Marcos Sánchez Cruz, todos menores de edad, con quienes mantuvo contacto sexual por dos años en esas fiestas interminables de excesos, felaciones y vómitos. Nombres olvidados por la justicia y que hasta el día de hoy permanecen manchados por la huella de la tristeza; sin ni siquiera poder descansar en ella, simplemente por no tener el tiempo o no poder diferenciarla. «En mi polerita llevo escrito ‘los chicos no lloran’, pero en medio de este ritoailable vamos a llorar juntas como cadáveres de moda».⁸ Ellos miran el abismo, desde el abismo; comienzan a reconocer en sus propios cuerpos inacabados, la posibilidad del placer por medio del dolor; su propio dolor que a la vez se vuelve ajeno, tal como su deseo es objeto de un otro.

No se sabe quién podría ser el Goku o El pa callao, pero *googleando* sus iniciales, salvo el de Cristian Boza, quien coincide con el nombre del arquitecto chileno Impulsor del Mapocho navegable, que se convirtió en el parque fluvial Padre Renato Poblete —ahora Parque De La Familia a causa del curita depravado sexual—, parecen no existir. Sólo en esta resolución del juicio publicada el 2006, donde Spiniak fue acusado por un delito de violación, cuatro de estupro, veinte abusos sexuales, facilitación y promoción de la prostitución, fabricación de material pornográfico y asociación ilícita, pero el magistrado sólo mantuvo cuatro abusos sexuales. Salió en libertad por la puerta trasera del Centro de Justicia, diez años después, dieciocho meses antes de su condena original. Dejó a sus detractores en las afueras de la Cárcel de Alta Seguridad, supuestamente rumbo a la ciudad de Coquimbo.

8 Diego Ramírez Guajardo (2005) Cadáveres de Moda [Poema] *El baile de los niños* Ediciones del Temple, Santiago.

Sergio Guerra

Los aullidos mudos del poseso

La mayor parte del tiempo subían juntos las escaleras aunque no lo hacían realmente juntos sino distanciados por varios pisos. Hablaban o más bien se gritaban cosas referentes a la pega y a los niños —a quienes por lo demás nadie vio nunca— volvían cargados de bolsas y corriendo escaleras arriba él se burlaba de la lentitud de su madre que sacaba la lengua en cada escalón. Por las tardes se veía a Juan Carlos a torso desnudo blasfemando al atardecer; se bañaba de sol mientras rayaba cuadernos de varios colores. Cuando Juan Carlos accedía a sus trances, Doña Eliana salía sulfurada y no volvía en varios días; se iba a la iglesia Evangélica Bautista en Pedro Montt, donde se desahogaba con algunos parroquianos vecinos del bloc quienes también asistían. Entre ellos el vecino del almacén de la esquina Roberto, quién también oía cómo Juan Carlos le gritaba desde el 4to piso, hasta que ella se perdía de vista al doblar la calle y entraba agotada a comprar una coca express. Sentado en una silla plástica en el pasillo, tras vaciar las últimas latas de pilsen aferrado a la baranda, Juan Carlos con risa guasona tensadas sus venas, dejaba escapar el magma a grito pelado, interrumpiéndose al entrarle con frenesí a las páginas del cuaderno que los forenses descubren llenas de frases tachadas e ilegibles, rasgadas. Se veía venir en cualquier momento se comenta entre vecinos, los ratis dan vueltas con sus trajes blancos, viene la hermana de la Eliana en camino pobrecita, bomberos trabaja en la maniobra de bajar el cuerpo, no le saque fotos caballero dice un paco, se oyen cosas de esa calaña mientras miran tomándose la cabeza con sus caras de mascarilla hacia el 4to piso.

La abrupta retirada del vecino en clausura

El sábado por la tarde te preparas para visitar a la tía Elvira junto a tu madre. Mientras pones tu chaqueta y un cuaderno en el bolso tomas en tus manos la cuerda que trajiste para la obra del lunes que se suspendió. Tu madre se queja que no hay plata, no tienes pega, cuándo será el día se queja en la cocina, mientras tus ojos dan vueltas en las fotos de los niños sobre el velador. La televisión sigue encendida, lo ha estado todo el día, lleva transmitiendo la catástrofe una eternidad. Aparecen cifras de contagiados que emanan de la boca de aquellos que enviaron a las fuerzas de or-

den a la masacre de octubre. Los escuchas con la sogá en las manos, aquella que debía sostener las vigas de la ampliación de don Víctor, pero que ya no será, a falta de plata. Y tu vieja revisa los estantes de la cocina y dice, apenas para un queque chico va alcanzar para llevar donde la Elvira. Alistate voh mientras. Te da vueltas la cabeza como torbellino sostenido de esa cuerda flácida que serpentea a tus pies. Tu vieja sale a comprar a la esquina un poco más de harina con las monedas que encuentra dentro de un plato de greda lleno de pequeños objetos. Voy y vuelvo, todavía ni te bañai cochino de mierda —te dice de salida. Cierra la puerta. Te quedas de pie en la mitad del comedor sosteniendo el torbellino que se acrecienta en tu interior. Tu cuello se endurece, los músculos en tensión revientan la mesa de vidrio. Tiras los platos al piso y golpeas tu cabeza contra el muro deambulas arrojando todo por el suelo. De tu boca cae un hilo de baba que observas al sostener con ambas manos la televisión de plasma que se va a negro con el tirón que le das. Consigues dejarla sobre el sillón y vuelves a la habitación a buscar la toalla. En tu teléfono hay dos mensajes. El primero es algo habitual. Ya son 4 meses conchetumare —dice la madre de tus hijos. El otro mensaje te deja blanco. Petrificado en el muro. Sientes que todos los nervios de tu cuerpo se aprietan. Pierdes el equilibrio. Levantas del fondo la cuerda dormida y te abalanzas hacia la puerta, sales hacia la baranda, el sol te enceguece mientras haces el nudo en que todo el torbellino se contrae.

La venganza del viejo califa

Doña Eliana sale del departamento, baja las escaleras y entra en el negocio de la esquina a comprar medio kilo de harina donde Roberto, quien intenta resolver un juego de argollas tras enviar el mensaje. Sorprendido por Eliana le pregunta cómo sigue el Juan Carlos y ella le dice más o menos no más este malo de la cabeza me va a terminar matando de un ataque, le dice medio en broma porque el tiempo conlleva costumbre como una anestesia que le hace llevadera la vida con su hijo divorciado. Roberto manipula torpemente las tres argollas enlazadas, repite movimientos inútiles y desliza bajo unos diarios su teléfono. Doña Eliana cambia de ánimo al verlo en esa faena y comenta que ahora lo andaban buscando no sé para qué los carabineros, si lo suyo ya estaba archivado, debe ser que con tanto maleante en las calles, se ha puesto mala la cosa. Así es vecina, mano dura hace falta, le aviva la cueca el vecino y en un movimiento inconsciente consigue liberar una argolla, con lo que las otras dos también se sueltan. Doña Eliana le felicita, ya cuídese, le dice al salir y sube media cuadra al cerro hasta la entrada del edificio, pasa por el pasillo, sobre su cabeza pende el cuerpo pero ella no lo sabe, mientras pasa por el segundo piso saluda como de costumbre. Estas escaleras cada vez parecen más largas, piensa mientras sube los últimos escalones. Al llegar arriba hace el gesto de sacar la lengua de agotamiento y pasa por el lado del nudo entra, ve todo revuelto, la mesa hecha trizas sobre la alfombra, le sube un pálpito a la garganta, modula el nombre de su hijo en un temblor de vocales. No lo encuentra en ningún lado sale con la mano en la frente, donde estará

este cabro, ve el nudo que sigue con la mirada hacia la sogu tensa se asoma a la baranda ve el leve pendular en un gesto violeta de sacar la lengua agotado.

René Del Fierro

Uribe tenía razón

Terminal de buses. Pasaje. Asiento con ventana. Centro de Santiago.

Cada pared o rincón de la ciudad expresa descontento anti estado, anti todo. Uribe lo predijo. Ahora está muerto. Muere el 22 de Enero de 2020 en pleno estallido social. Llego a un edificio moderno de los años cincuenta en Parque Forestal, con unos muros grandes alrededor de la puerta principal ahora resguardada por planchas metálicas. Uno sobre otro, en capas, los escritos de las paredes del edificio configuran abstracciones de colores y formas que fotografío como escenario, en los que se puede leer:

ANTI-NAZI ANTI-FACHO
ACAB
FUEGO A LAS CÁRCELES ANIMALES
DEJA DE CONFORMARTE Y LUCHA

El sol de mediodía golpea el cemento y me instalo enfocado en la entrada del edificio esperando la definitiva despedida del barrio. Veo entrar cada tanto a familiares que se dirigen al departamento del cuarto piso donde es velado. Llevo más de una hora bajo un árbol. Todos visten de negro, hasta los encargados de la funeraria que llegan y me ponen en alerta de la salida.

Aproximo el ojo a la mirilla de la cámara para enfocar la puerta. Presiono el botón. Registro la salida del ataúd desde el borde de una puerta donde se lee: PAKOS JILES. Sigo en *paneo* la entrada del ataúd al coche fúnebre; en total se reúnen como una docena de personas, somos sólo dos cámaras. Las hijas atareadas dejan flores coloridas que contrastan con la monótona indumentaria, ellas y el conjunto de personas que acompaña el ataúd me parecen sacadas de una película de terror en blanco y negro; cada uno lleva un marcado estilo que los diferencia. El coche fúnebre cierra su puerta y en poco tiempo comienza a andar. Los familiares se suben a un auto y la siguen. Me sumo a la caravana; seguimos el ataúd del Hogar de Cristo y he grabado menos de tres minutos.

A su regreso del exilio, decide no salir más de su casa por veintidos años. Ahora después de tanto tiempo, como cadáver se pasea camino a la iglesia por el

centro de Santiago pasado a lacrimógenas y consignas rabiosas que lo despiden.

«A la palabra muerte dimos tal importancia que se desprestigió como si fuera (como comparación) cualquiera cosa entre otras cosas cualesquiera, muchas, todas: podría ser el cosmos –Es sólo una palabra en circunstancia».⁹

Nadie se percata de su coche fúnebre. Lo perdemos de vista en una curva. Da unas vueltas, cruzamos Lastarria, se pasea por Alameda y se introduce en la vereda para estacionar en el pórtico de la iglesia San Francisco.

Del mismo modo llegamos, llevan el cajón cerrado por el centro de la iglesia hacia el altar. Familiares y asistentes lo siguen; queda instalado en medio de dos grandes velas encendidas mientras un coro de tres mujeres acompaña con una tonada solemne el desorden que se produce.

Primerísimo primer plano. Un hombre sentado en la puerta con la cara roja me pide plata y le paso unas monedas. Al costado izquierdo de la entrada principal hay una imagen de madera gigantesca de un santo acostado con los ojos cerrados tamaño real encapsulado en un acuario, algunos se persignan. Al entrar en la iglesia tengo que ajustar el diafragma del lente para adaptarme a la poca luz. Refugiado al fin del calor, la cámara me permite caminar entre las personas con flexibilidad; ahora enclaustrados como él.

Comienzo a buscar un lugar para encuadrar la escena y sitúo el trípode a la derecha del altar cerca de una de las grandes columnas de la iglesia. Ahí logro componer el perfil de sus nietas y los familiares en los asientos principales. Un hijo en Francia que no alcanzó a llegar, un hijo muerto que se suicidó hace años. Vestidos a la manera del mismo Uribe, el cajón y la luz que lo ilumina desde un tragaluz de forma octogonal en el techo. Parece una mutación arquitectónica, llena de santos y elementos injertados de distintas épocas; se cruza un monje caminando con sotana marrón y cinturón de cuerda en el encuadre.

Hay un pequeño rumor o zumbido, incluso en el aparente silencio. Agobiante; el olor a cera de pisos, la poca luz, la pena, la gente, yo mismo. La ceremonia comienza, la voz del cura con reverberación.

«Llevo el luto de no ser dios. ¿A título de qué habría de ser dios? Puesto que nos han hecho nacer y que tenemos uñas y otras partes irrisorias que conjuntamente llaman cuerpo, ese creador o naturaleza bien podría habernos dado una divinidad evidente, algo así como el vello que nos crece aquí o allá. En cambio nos dio la repulsiva corrupción, ruido de tripas, la certidumbre de morir.»¹⁰

En el transcurso de la ceremonia llega mucha más gente; turistas, personajes de novela, editores, hombres y señoras ancianas. Culmina; veo caminar hacia la salida, el eco de la voz del sacerdote resuena como final del proceso, el ataúd es afirmado por algunos familiares y lo llevan hacia el umbral. Hacia afuera.

Presiono el botón. Sigo la procesión desde un costado, la gente comienza a aplaudir y me muevo sin mirar donde piso, soy parte de la imagen que registro, nos

9 Del libro *HACHE con Ce*, 2014.

10 Del libro *El Criollo en su destierro*, 2003.

acercamos a la salida, la gente se aglutina. Comienzo a reflejar la luz de la calle en el lente, la imagen se vuelve blanca mientras las personas empujan a los mendigos del portal.

Unas semanas más tarde, en las cercanías de la plaza de la dignidad aparece en las paredes una xilografía, junto a los carteles, garabatos e insultos al oficialismo y fuerzas armadas, con el retrato solemne.



Camilo Herrera

Caminante del esfuerzo, Chano

«Y me arrastro por el muro de cemento
y en mi cabeza se repiten mil lamentos
de cuando vino la miseria los echaron y dijeron... que no vuelvan más
que no vuelvan más»

Muevan las industrias, Los Prisioneros, 1986.

El sol todavía no asoma en la costa viñamarina y el Chano se encuentra en la cocina de su casa —que él construyó— bebiendo una taza de té y picoteando los restos de pan del día anterior. Silencioso y en penumbras, Chano comienza a ordenar su bolso para salir a trabajar, en él introduce: una pala mediana, una lupa pequeña, una sartén de aluminio, dos fuentes de plástico y un cambio de ropa. Al salir de su casa, intenta hacer el menor ruido posible, sus dos hijas se encuentran durmiendo y su esposa también. Con la frente en alto y el vigor que lo caracteriza, toma el macuto cargado de herramientas y baja el cerro de la población Chorrillos para juntarse con sus compinches cesantes.

Chorrillos es el cerro más empinado de Viña del Mar. Para acceder a él se puede entrar por dos calles: Souther y El Boldo. Las dos siempre han constituido un desafío en el invierno para los pobladores del sector, la verticalidad escarpada de las calles hace que la llovizna y la niebla conviertan el cemento en un terreno de inseguridad jabonosa. No existe prójimo poblador que no tenga una anécdota con algún costalazo en el pavimento, como tampoco no hay colectivero que no haya maldecido a punta de chuchadas los patinazos vacilantes de su vehículo. El Chano baja El Boldo desde que era de tierra, cuando la lluvia no hacía de la calle un jabón, sino una mezcla de tierra y arcilla, creando un barro pringoso que ensuciaba la orgullosa indumentaria de los proletarios de la población.

Durante el descenso zigzagueante que realiza con destreza, el Chano va pensando en la crisis económica que azota a su pueblo. Hace dos meses ejercía como operario de máquinas en la Textil Viña, formaba parte del sindicato y gozaba de los beneficios que los dirigentes habían conquistado para los trabajadores de la fábrica. Piensa en sus dos hijas, su esposa, su hijo en Argentina buscando alguna oportunidad laboral para mandar algo de dinero a la familia. Divagando se pega un resbalón y piensa en la Unidad Popular, las asambleas, sus hermanos dirigentes, Allende y el golpe, su hijo obligado a hacer el servicio militar, los milicos entrando a la casa y

rompiendo algunos muebles, buscándolo, el Cuco —su hermano— torturado en el estadio de Playa Ancha. Entre absorto y extraviado va caminando como autómatas mientras flota sumido entre pensamientos de un pasado donde el pueblo fue el protagonista, un ayer que se ve lejano en el tiempo, una experiencia fósil donde los sectores populares experimentaron una prosperidad insólita en sus condiciones de vida.

Romelio del Tránsito Tabilo —su nombre de carnet— lleva dos semanas en la misma rutina de trabajo: levantarse en la madrugada, desayunar con modestia, juntarse con sus compadres en el centro de Viña y dirigirse a los riachuelos, manantiales y esteros de la ciudad; con la mejor de las fortunas, encontrar alguna pepita de oro entre la arena de las aguas lo llena de ilusión, pero con obsesión paciente y ardua experiencia, sabe que lo que encontrarán con mayor certeza es un polvillo dorado, residuos del mineral precioso, que acumulando una buena cantidad, alcanza para ser vendido entre artesanos que trabajan el metal de alguna forma y luego lo comercializan en joyerías antiguas de Viña del Mar y Valparaíso. La exploración se extiende desde las 8 de la mañana hasta las 12:30 del día, a esa hora el Chano hace cálculos para ver si conseguirá alguna ganancia de lo encontrado, luego almuerza y se cambia la ropa para ir en busca de trabajo a las distintas obras en construcción que se desarrollan en el territorio regional.

Romelio es alto, moreno, de barbilla prominente, nariz gruesa, la cara la lleva afeitada al ras, va siempre bien vestido: pantalón de tela, zapatos negros bien lustrados, camisa a cuadros y alguna boina que acompañe el atuendo. Es el año 1982, tiene cincuenta y dos años, su vitalidad es la de un joven de veinte, mantiene las mismas ganas de trabajar, aprender y ser buen padre, esposo y amigo, leal y correcto con la gente que aprecia. En el barrio, todos lo conocen, salir a caminar con él es un verdadero fastidio, cada diez metros alguna persona lo para y lo saluda: «¡Hola Chano! ¿cómo está? ¿y el Luchín? ¿y La Fresia? Ya pue me alegra, qué bueno, saludos a la familia, que esté bien». Conversa con todos, no ignora a nadie, cortés y educado.

Hay virtudes que lo eran en el siglo XX, pero que hoy constituyen actos de brutalidad. Este señor de orígenes campesinos y devenido en obrero industrial en la urbe citadina, siempre ha dado muestras de un intenso pragmatismo para solucionar sus problemas, un pragmatismo de características bestiales. A mis oídos llegan tres historias.

Los Tabilo Olguín criaba pequeños animales en el patio de su casa; gallinas, perros, un caballo y algunos conejos. Entre los conejos, había uno que era el regalón de la familia, la mascota del hogar. Dormía con las niñas en sus camas, jugaba dentro de las casas, entregaba y recibía amor, hasta que un día el conejo se cruzó con una coneja y cambió radicalmente su conducta. Se puso idiota, agresivo, violento, más de alguna vez mordió a las chicas de la familia. Chanito no se hizo problemas, al acostarse conversó con Fresia —su esposa— la situación del conejo, lo mejor era hacerlo desaparecer. En la madrugada, mientras todos dormían, Chano se levantó sigiloso, tomó al conejo y en una quebrada de la población lo estranguló y lo arrojó a los matorrales. Adiós conejo.

La otra historia que peregrina en mis recuerdos, consiste en la dureza salvaje con la que Romelio enfrentó un dolor de muela. Reacio a ir al doctor y terco de tomar medicamentos para auxiliar el calvario, Chano, con su cara totalmente descompuesta debido a la imposibilidad de conciliar el sueño ante el suplicio punzante del dolor, en un arrebato se dirige veloz al cuarto de las herramientas y busca en distintas cajas de madera un alicate, busca y busca, entre furioso y afligido, hasta que lo encuentra. Va al baño, se pone una toalla en el cuello para la sangre y ¡Boom! De un solo tirón la saca de cuajo. Adiós muela.

La tercera historia esconde ternura y desesperación en un acto bárbaro. Fresia está con fibrosis quística, no le quedan más de seis meses de vida, en la familia todos están asumidos que pronto llegará la hora de su partida, Chano lo único que quiere es que su compañera esté tranquila durante sus últimos días. Que descanse, que no se estrese, que disfrute a sus nietos y que, por sobre todo, el ruido no la moleste. Su hija mayor vive en el mismo terreno que él y Fresia, unos quince metros más abajo de donde está ubicada la casa de Romelio, tiene un perro que se llama Black, es bravo, ladra a todo ser vivo que pase por fuera de la reja, gime cuando sus amos no están, aúlla cuando pasan los camiones del gas. El caballero ve a su esposa afligida, le pregunta y ella asiente, está decidido. Una vez más, se levanta por la madrugada discreto y sigiloso, le pone una correa al Black para sacarlo a «pasear», se lo lleva lejos por el cerro, donde terminan las tomas y ahí sin dudar ni un solo segundo, de su mochila saca un combo de acero con el cual le pega tres veces en la cabeza. Saca una pala y le da cristiana sepultura al perro. Adiós ruido.

Hoy el Chano tiene ochenta y nueve años, está solo en su casa en Chorrillos, el confinamiento hace que sus hijos no puedan ir a verlo con la continuidad que lo hacen siempre. Se aburre, es un ermitaño pero no un misántropo, necesita recorrer avenidas, cumplir con su itinerario cotidiano. Antes de la pandemia veía fútbol todo el día, partidos en vivo y los repetidos igual, se pegaba unos cañonazos después de almuerzo y se sentaba en su living con la tele casi al máximo de volumen para ver jugar a cualquier equipo. Por las mañanas salía a caminar por la población, a saludar gente, a ver a la única hermana viva que tiene y que está en Chile, la Julia, unos paraderos más arriba. Sus hijos, por teléfono, le han dicho con severidad que no salga, que anda un virus que mata a los viejos, pero él no pesca; contaban el otro día que bajó a pie el cerro y fue a la feria de los camiones en el estero, pasó al mercado y tomó un colectivo para la casa. Lo llamaron «¿oiga pero cómo hace eso?», se quedó callado y se escuchó una risa burlona del otro lado, siempre ha cultivado una soberbia socarrona. A veces llama al Cuco, que vive en Miami, para donde migró después de estar exiliado en Argentina, conversan, se ríen, hablan horas... se extrañan, a él sí le pide que se cuide y como sus hijos a él, se lo dice con severidad alarmante: «Oye viejo, no seas weón, anda un bicho que si nos agarra nos va hacer cagar al tiro, así que enciértrate nomás».

El Chano ha sido muchas cosas: campesino, poblador, defensa central, mariscador, allendista, operario de fábrica, vocero sindical, albañil y buscador de oro.

También es mi abuelo, mi único abuelo... y no hay párrafos, páginas y libros que logren abarcar esas vidas de la clase trabajadora curtidas en la lucha permanente por vivir de manera digna, sin penurias, sin carencias, siendo humilde pero desobediente, un arquetipo indómito de los que ya se extinguen en el polvo de la historia.

Camila Alejandra Rojas A.

Composición: Encierro

Día 1

Este año no me compré una agenda. Comencé a reutilizar las hojas vacías del año anterior. Luego, mi cuñado me regalo una hermosa, pero rara porque era gringa. Estaba todo en inglés y el año por la mitad. La agradecí, aunque la terminé olvidando en su casa.

Hacemos video llamadas.

Mi hermana escribe su tesis.

Mi mamá limpia su casa.

Yo hago la cama.

Mi mamá habla de nietos. Que sus amigas tienen nietos, que ahora ella estaría con esos nietos.

Trato de sacarla del tema. Meses antes mi hermana se había enterado de que es infértil. O mejor dicho que con su pareja—esposo— como le gusta recalcar a nuestra madre, no pueden tener hijos. Algo de los espermios flojos, algo de la calidad de los óvulos.

Mi mamá habla de nietos y yo enfoco a mi gata. Esa es tu nieta le digo.

Al fin cambia el tema y habla con Madeja. Mi hermana se desconecta.

Sin querer di vuelta un macetero. Se termina la llamada y me quedo recogiendo la tierra.

La planta no sé si está viva o muerta. Primero, creí que era la falta de agua lo que le había quemado las hojas. No la regué por un tiempo y le crecieron hojas nuevas. Así que comencé a regarla con menos regularidad. Ahora parece seca. No puedo tirarla; deseo que esté viva.

Día 2

La gata se mete entre el llantén y el orégano, su cuerpo cabe justo en el cajón donde las trasplanté.

Recuerdo mi rutina.

Me levanto.
Tomo desayuno.
Hago la cama.
Barro.

La gata sale del cajón. Es tan peluda que arrastra la tierra. Vuelvo a barrer. Cuando no sé por dónde continuar, miro el piso que siempre tiene pelusas y barro. Ahora, por lo menos barro tres veces al día. Nadie sale, nadie entra. De los dos gatos que teníamos uno se murió en octubre.

Sin duda, hay menos pelos. También, menos abrazos. El gato daba abrazos. En invierno dormía entre los dos. A veces lo abrazábamos pensando que éramos nosotros. Qué suave, decíamos. El ronroneo nos alertaba. Ahora no hay abrazos.

La última vez que vi a mis abuelos fue de lejitos no más. Los veo sentados en el sillón. Mi abuelo con la mirada fija, sentado en el sofá. Creo que siempre estuvo sentado ahí. Su vida era eso que ocurría mientras salía del sofá. Ahora, eso se reduce a una salida a la esquina a las 19:00 horas. Si hace mucho calor, llega a la reja y se devuelve. Imagino que ahora es el frío el que lo detiene.

Salgo a dar esta vuelta por esa idea que tengo de mejorarme, Me susurró la otra vez. Inmediatamente se me hizo un nudo en la garganta. No sé si yo tengo esa fuerza. Si yo fuera él ya estaría bajo tierra. Si supiera que hay una pandemia, me tiro a huelga y dejo de comer.

¿Qué probabilidades hay que un adulto de noventa y tres años sobreviva? Es como ganarse el loto. Eso sí sería ganar el loto. Quizás no en la mente de mi abuela. Que toda la vida ha jugado el mismo número que su papá.

Ese bisabuelo italiano, panadero, que por la guerra no volvió a ver a su mamá y que solo regresó una vez a su pueblo. ¿Te imaginais nos pasa eso? Y nunca más.

Día 3

Estoy acostada. Son cerca de las 9 P.M.

Comimos y tomamos 2 vasos de cerveza. Con eso tengo para quedar mareada.

Tomás está celoso del diario que llevo. Quizás celos no sea la mejor descripción. Pero me mira y me pregunta qué hago. Le paso las hojas donde escribo. Y me hace comentarios. Nada muy generoso para ser un buen lector. Seguro él escribiría mejor. Lee a la velocidad de la luz y lo envidia. Lo bueno es que me presta sus libros. Las marcas que hace son suaves y con letra que entiendo. En eso es generoso. Aunque si los dejo en cualquier parte, desaparecen. No acepta que queden así. Extrañamente el orden no es una de sus cualidades. Cada cierto tiempo me meto en su closet que es más grande que el mío. Sin embargo, todo va a parar al mismo cajón.

Me muestra una foto con cinco gatos chicos. ¿Te gustaría tener ese departamento? Adoptamos un gato que no alcanzó a llegar.

Hoy me di cuenta de que no sé lo que me falta hasta que lo veo en el Instagram de otra persona. Un patio, una pieza más grande, vecinos.

Lo mismo pasa cuando escribo.

La gata se portó mal. Hoy se metió en el cajón y luego se subió al sofá. Como resultado, todo lleno de tierra. Después se subió a la mesa cuando estaba en clases. Y se puso a cagar cuando comenzaba a cocinar.

No hablamos de la rabia o desolación que sentimos. Como buenos chilenos nos enfocamos en lo bueno y nos reímos de toda la mierda.

Ahora nuestra forma de pololear es ver memes.

Ya no me gusta escribir esto. Es demasiado personal.

Día 4

Repaso mi día mentalmente.

Ayer tuve clases. No entiendo nada. Pa' más con el grupo entendimos al revés los conceptos. Me consuelo diciendo que no soy de las ciencias sociales. Excusa barata porque todos parecían estar recién aprendiendo. Expansión del yo, contracción del yo.

¿Cómo sería un diario desde la contracción del yo?

Seguro que no como este. Con tanto detallito odioso.

La gata nuevamente en el cajón, al salir deja un camino de tierra que hoy llegó hasta la pieza.

Ayer vi una araña, no la maté. La perdí de vista. Hoy al pasar la aspiradora recorrí los lugares donde puede haber estado. Discuto conmigo, si ayer la dejaste vivir para qué hoy intentas matarla. ¿Así comenzarán los problemas mentales?

Decido ir a barrer.

Día 5

Desperté temprano.

Voy al baño, escucho una alarma que sigue sonando. Quizás esa persona está muy cansada, es incapaz de estirar el brazo para apagarla.

Cuando vivía con mi hermana una vez me desperté con ella encima gritándome con las manos empuñadas y el ceño fruncido. ¿Para qué chucha pones la alarma si no te despiertas?

Preparo el desayuno, compruebo que desde la cocina se escucha el sonidito con la misma claridad que desde el baño. Ha pasado una hora. El pitido es igual de molesto que esos ruidos mentales que nos atormentan por estos días. Esas voces que llenan el silencio con mensajes molestos: paga las cuentas, estás engordando, te quedarás sin trabajo, qué pasa si se acaba la comida, a veces son susurros inentendibles y es eso lo que da miedo, como si el mar o el viento estuviera contra nuestra cabeza.

Decido hablar con el guardia del edificio. Le aviso que hay una alarma sonando. Le digo que puede ser cualquier cosa. Me dice que vendrá a darse una vuelta.

Día 6

En este momento hay situaciones que no tolero.

Si preparas el desayuno, pero no secas ni guardas los platos del día anterior, no esperes que disfrute el desayuno.

¿Cuándo comienza el día? ¿Cuándo veo el celular? ¿Cuándo hago la cama? ¿Cuándo me ducho? ¿Cuándo come la gata?

Volvieron los trabajadores que están pintando la fachada del edificio. ¡Qué cosa más inútil! Son ruidosos, innecesariamente bulliciosos.

Día 7

Veo a uno de los pintores. Está colgando. Escucha música, pinta y vuela. Extraña forma de resistir en la pandemia.

Día 8

Espero el momento exacto en que los pintores aparecen por la ventana para saludarlos.

Espero a que toquen el timbre para ir a saludar al humano que esté detrás de la puerta. ¿Si viviera sola, estaría tan encerrada?

Día 9

Hoy Pedro, un amigo, nos vino a buscar en auto para ir a Viña a recoger algunas cosas a mi taller. Primera vez que salgo durante la pandemia. Había dejado una malva allá, aún estaba viva. Me la traje, huele bien.

En el trayecto vi árboles, algunos humanos, nos perdimos por unas calles tratando de esquivar los controles sanitarios. Perdernos, perderse tal vez. Lo más libre que he hecho en este tiempo.

Rafael Cuevas Bravo

Voces que llegaban

Lo primero que perdí con la pandemia fue la paleta de voces que se hacía llegar hasta el sexto piso donde vivo. De esto me di cuenta un día que iba del trabajo hacia la casa en mi hora de almuerzo. Encontré, sentada frente al portón del edificio, a una mujer con un parlantito y micrófono, recién preparándose para cantar.

Era la primera semana tras la recomendación de guardarse en casa, así que a pesar del sábado soleado la calle estaba prácticamente vacía; había un hedor pesado, como si la orina tan común en Bellavista hubiese tomado, por fin, el carácter de una descomposición genuinamente histórica, en vez de afirmar una pobreza detenida en el tiempo. El viento corría, se dejaba escuchar la bocina de los barcos, y calle arriba, en la Plazuela Ecuador, los perros se gruñían entre sí y abandonaban por un momento sus cartones a la sombra. Coordinados tras las cortinas y las puertas, la ciudad preparaba los hábitos que habrían de conformar el escenario del nuevo día a día.

Ese rumor no lo escuchaba, pero lo presentía. Después de todo, el viejo con gorro ruso y abrigo de piel falsa que vendía bisutería al lado del quiosco no estaba, y lo di por muerto. Lo recordé siendo escarmentado por su hija, afuera de ChileAtiende, con todas sus joyas aun por vender, en una fragilidad que parecía imposible de conciliar con este panorama. La vieja morenísima y de pelo rubio que vendía diarios y papel higiénico en la esquina de Bellavista con Salvador Donoso tampoco estaba, y la di por muerta. La señora tuerta de ojo azul y trenzas blancas que siempre nos avisa si pasa o no pasa la gente que revisa los medidores de luz tampoco estaba, y la di por muerta. Solo los borrachos que duermen en las cortinas de los locales seguían allí, aunque se veían mucho más jóvenes, como si alguien, delicadamente, los hubiese renovado durante la noche.

Una forma de conocer Bellavista es a partir de los sonidos que, a fuerza de repetición y horario, se dejan oír entre el montón de ruidos urbanos. Ciertos sonidos, como las voces de los ancianos y vendedores ambulantes más bien tímidos, por lo general se dejan escuchar si te paseas un par de veces por la calle. Al viejo de gorro ruso, por ejemplo, lo escuchabas si te acercabas a él mirándolo a los ojos, de tal forma que la comunicación fuese inevitable, y quizás hasta tenías que señalar el arito para que te dirigiera unas palabras a medio masticar, que casi se perdían entre los pies de la gente. A la morenísima señora, por su parte, bastaba con demorar la mirada en uno de los diarios para que te invitara a comprarlo, con una voz dulce y enérgica que no se correspondía con su cuerpo siempre lánguido. Luego cruzabas el semáforo con un diario que no ibas a leer bajo el brazo y con una fe renovada en las buenas costumbres.

Pero entre la selva de sonidos también los había tan estridentes que no había que salir del departamento para escucharlos. Mi impulso hogareño no necesitaba campanas: se bastaba con ciertas voces para ordenar el día. A las diez de la mañana el protagonista era el viejo cabezón, de ojos claros, que gritaba: «¡candado a mil, con cuatro llave a mil!» Por la constancia de su grito se intuía el éxito de su negocio, ya sea porque los candados en Valparaíso se pudren rápido en la orina de todos los días, o bien porque el bucle de su canto es tan sencillo e invariable a lo largo del tiempo que resulta imposible no imitarlo mientras se hace aseo o se cocina.

A hora de almuerzo era Rafael, un animador que invitaba a entrar al local de comida Riconómico o bien a la confitería Fiesta, el que destacaba. Su animación alternaba entre una voz radial de galantería irónica y la imitación de hipotéticos niños emocionados por el almuerzo o por los dulces. Una vez fui a Riconómico porque la colación costaba \$1800 e incluía jugo. Pero los porotos estaban agrios, casi a punto de la efervescencia. Pensé: «bueno, el burbujeo y la acidez son fronteras que muchas culturas tuvieron que atravesar para descubrir y perfeccionar cosas como el chucrut, la kombucha, la cerveza. Ahora nos vienen heredados, casi sin oficio. No tenemos los tiempos, no dejamos que los alimentos se pudran en nuestros rincones. La descomposición ya no puede sorprendernos con un giro hacia un nuevo estado de las cosas. Cuánta curiosidad, llegar a descubrir la cerveza. Cuánta paciencia.» En eso Rafael se sienta a mi lado, con su parlante y su sombrero de pescador, bañado en sudor y sonriente. El tipo que atendía el local se acercó a él con un plato de fideos con salsa y le dio las gracias. Su voz, sin micrófono y sin parlante, era de lo más tímida. Rafael no habló con nadie, aunque todos los taxistas que llegaban a almorzar lo saludaban.

Durante la tarde, una travesti bailaba en el pasaje Pirámide al son de «La patrona soy yo», de la cantante mexicana Aracely Arámbula. Vestía de rojo y tenía unas piernas fuertes que eran las protagonistas de su coreografía; todo parecía tratar sobre la emancipación y la capacidad de responder a la adversidad, a punta de unos pasos enormes y una sensualidad agresiva que tenía por centro gravitacional un parlante puesto al medio de la calle. El baile se hacía entre los vendedores de tabaco, alrededor de las hierbas aromáticas, y frente a varones hipotéticos dispersos entre los peatones. La canción se podía oír durante horas (para desgracia de las vendedoras de la heladería Santo Gelato), y uno sabía que seguía bailando allí porque el estribillo «la patrona soy yo» se colaba de tanto en tanto en el quehacer cotidiano, y dejaba en el aire una sensación de venganza. Era tanta su presencia en el sector, que un grupo de evangélicos itinerantes optó por disputar el espacio apareciendo a los pocos minutos de terminada la rutina de baile entonando sus propias canciones durante varios minutos. La de esos evangélicos era una vociferación de carácter familiar: alrededor de las voces adultas, entre hombres y mujeres, podía oírse un coro de niños que a ratos pujaba por ser conversación.

Por las noches, el ruido diario aunque siempre distinto de la borrachera era lo que podía escucharse. Ya fuese gutural, festivo, violento, fraterno, siempre parecía difícil de ubicar espacialmente, no se podía decir si partía en Subida Ecuador o venía

desde Blanco. Ese carácter fantasmagórico, sutil, luego también acompañó a la represión nocturna durante el toque de queda, ahora en la forma del horror y el secreto. Si bien los focos de conflictos eran identificables por las luces verdes o el griterío infantil de los milicos, no había voz ni sonido nocturno que no nos empujara hacia las ventanas, un poco por morbo incrédulo y un poco por oficiar de testigos fehacientes de cualquier atrocidad. Y si bien la soberbia de pacos y milicos no había logrado romper con la cotidianidad de los sonidos en Bellavista, más allá de añadirle matices de arenga y subversión política, las primeras semanas tras los anuncios mediáticos del coronavirus sí resultaron fatales, quizás porque no había un enemigo claro contra el cual vociferar. El vendedor de candados, Rafael el animador, el travesti y los evangélicos, y todas las voces de menor estridencia desaparecieron.

Cuando vi a esta mujer rubia con su parlante, su micrófono, su mochila negra tirada al suelo con unas cuantas monedas sobre ella, me di cuenta de que jamás la había visto y que, durante los últimos días, no había escuchado en el aire ningún tipo de ancla sonora que me dijese que era Bellavista, precisamente, la calle sobre la cual estaba viviendo. De Valparaíso retenía lo que me mostraba mi ventana como una postal indecorosa, y las pocas salidas que hacía, por entonces aun dentro de lo estrictamente necesario, solamente reforzaban el silencio. Ya no estaba la banda que tocaba clásicos de la Nueva Canción Chilena, ni el viejo con su melódica afuera de la panadería, y solo deambulaban borrachos y punkies nuevos, como invitados por la peste.

Me acerqué a abrir el portón; la mujer se hizo a un lado sin mirarme, me saludó y prendió el parlante. Empecé a subir la escalera del edificio, confundido y envuelto en la mala calidad de la música instrumental, observando los grafitis y murales del edificio como si nunca los hubiese visto: el espíritu aborigen, la vagina, el camello con una ciudad adentro, los peces hechos de energía azul. Cuando iba por el tercer piso empezó a cantar: «tú me sabes bien cuidar, tú me sabes bien guiar, todo lo haces muy bien tú, ser muy buena es tu virtud...», y canté con ella.

Fichas biográficas

Mía Maurer Cortínez

Nómade. Educadora. En la escritura aprecia el experimento, la valentía y la pregunta. Acompaña el proceso pedagógico de formadores y ha implementado talleres de poesía, imaginación, expresión corporal y circo social para niños, jóvenes y adultos en España, Costa Rica, Italia, Estados Unidos, México, Chile y Sudáfrica.

Gaspar Peñaloza

Escapista, publicó *Sedimento* (Editorial Aparte, 2018).

Fernanda Meza

Poeta y compiladora, busquilla de letras y autores perdidos. Participó del extinto Colectivo Poético Agua Maldita, actualmente es parte de Histeria Editorial.

Pierina Ferretti

Nació en Quilpué cuando existía la estación Valencia y el estero Marga Marga tenía un caudal respetable. Después de unos años de monja, dejó los hábitos. Estudió sociología, profesión que casi no ha tenido ocasión de ejercer. Vive de becas y clases a honorarios en varias universidades distintas. Coquetea con la política y con la literatura mientras batalla con una interminable tesis de doctorado. Escribe sobre muertos que admira y, cuando le parece ineludible, sobre la coyuntura nacional.

Yael Araneda López

Nació en el Hospital Alemán de Valparaíso. Aficionada a mucho, experta en nada. Se declara fan de Nina Simone, la gemoterapia y un gato llamado Regalón.

Máximo López

Su trabajo encuentra la inspiración en la realidad más cotidiana: en escuchas a clientes morosos del retail, en los trayectos en micro o en el regateo con los caseros que venden cachureos en alguna feria persa.

Gabriel Ocaranza Rojas

Cesante incesante, obrero de la palabra. Actualmente trabaja en la construcción de su casa. Bajo tres capas de basura, encontró la tierra.

Alvarex (a.k.a. ComandanteOso)

Reconoce individuos, recuerda el pasado, planea para futuro. Tiene un dominio básico del concepto abstracto de cero.

Paula Merlo

Desde un buen tiempo llegan a mi direct, mensajes en búsqueda de Paula Merlo; sí ese es mi nombre y no un seudónimo, ni un juego de palabras que recuerdan al álbum *Basuritas*. La mayoría de los correos están en portugués, por lo que mi entendimiento no es inmediato. «Oi Paula. Tudo bem?! Quero te mandar um e-mail. Você pode me passar o endereço? Um grande beijo e obrigada!». Así comienza una serie de mensajes de una buena onda impensable, viajes y etiquetas en páginas dedicadas a la industria de la moda. Paula Merlo es editor in chief en la revista *Vogue Brasil*, su IG es @paulimerlx, no sé si por fuerza mayor o le acomoda el diminutivo. Me gusta el uso de la palabra *doppelganger*, para pensar en una posible dualidad o la proyección de uno mismo, en otro espacio desconocido.

Sergio Guerra

Escritor de *Fiebre* [Anagénesis 2020] / participa en el colectivo Kontranatura de Valparaíso / teórico del arte de la chile, con un trabajo sobre la politización del carnaval que confluye en intervenciones callejeras en las protestas del 2011 al 2013 junto al colectivo Humo Negro / poeta con plaquettes; *Al reverso de la Cruz* (Cuzco), *Pasajes del Horror* (México DF), *Tectónica de Clases* (Valpo) / como narrador el CNCA le otorga la beca de creación literaria por *Fiebre* (2015) & *Los Iconoclastas* (2017) [inédito que unifica la teoría hermética con el cyberpunk desde una perspectiva latinoamericana]. Fue colaborador en *concretoazul.cl* durante el 2019 donde publicó textos críticos & un adelanto de las crónicas de viaje Fata Morgana. Actualmente vive como un monje en clausura cocinando colemono galáctica en un desplazamiento que algunos han mal especulado de chamanismo.

René del Fierro

Porteño, editor de fanzines y libros, coleccionista de objetos, imágenes y sonidos.

Camilo Herrera

Pesquisador del olvido y autodidacta en el martirio. Ha vivido toda su vida en Viña del Mar, los cerros de los márgenes han constituido su trinchera hogareña de experiencias jóvenes. Veintitrés años de heterogéneos fanatismos. Guerrero de la mugre en resistencia a la nube amnésica del desprecio.

Camila Alejandra Rojas A.

Vive en Valparaíso hace cuatro años, nació en Curicó en 1988. En el 2010 viajó de Iloca a Curicó la noche del terremoto. En el 2011 tras siete meses de paro estudiantil finalizó la universidad. Durante el inicio de la pandemia llevó un diario.

Rafael Cuevas Bravo

Trabaja en un estacionamiento subterráneo en sus ratos libres. Su familia es de Salamanca, vivió en Curauma y ahora vive en Valparaíso. Publicó un libro de poesía, *Curauma* (Editorial Aparte, 2019), y formó parte del equipo de la revista *Concreto Azul*.





Índice

Mia Maurer Cortínez	3	Alvarex	27
Gaspar Peñaloza	5	Paula Merlo	29
Fernanda Meza	9	Sergio Guerra	35
Pierina Ferretti	13	René del Fierro	37
Yael Araneda López	17	Camilo Herrera	40
Máximo López	20	Camila Alejandra Rojas A.	43
Gabriel Ocaranza Rojas	23	Rafael Cuevas Bravo	47

Verosímiles
es el resultado
del Workshop
Formas de la prosa
dirigido por Cristóbal Gaete,
que compiló y ordenó estos textos,
considerando observaciones de Camila
Alejandra Rojas A. y Macarena Rodríguez. El
diseño y manufactura fue hecho por Daniel Jorquera
en Valparaíso, en junio del 2020; contra los tiempos de
pandemia, cuarentena y zoom este es un libro posible
y real. Formas de la prosa fue el primer taller
virtual de Líneas de Formación que
gestiona CENTEX, realizado
entre abril y junio del
presente.



Ministerio de
las Culturas,
las Artes y el
Patrimonio

Gobierno de Chile

3 MIA MAURER CORTÍNEZ «Subo las escaleras y un hilito de agua que gotea me va indicando el camino hasta una puerta entreabierta» 5 GASPAR PEÑALOZA «Siempre andan de a decenas y su presencia es monstruosa, nadan con un flow fantasmal, se sienten atraídas por la luz» 9 FERNANDA MEZA «Su forma física asemeja a lo que hoy podrían ser las personas no binarias, a quien no se identifica con un género» 13 PIERINA FERRETTI «Hasta el día de hoy conserva la idea de que esa icónica mole paulista era una gigantesca colmena de fletos y travestis viviendo juntos en estado salvaje» 17 YAEL ARANEDA LÓPEZ «Miré a las vírgenes de los pósteres y los calendarios del puesto de al lado, parecían listas para hacerle la señal de la cruz en el entrecejo y mandarlo a dormir para siempre» 20 MÁXIMO LÓPEZ «Le pregunto si en Chile hay anarquistas y me dice que estoy con dos» 23 GABRIEL OCARANZA ROJAS «Depositado en el continente de los hombres solos, allí la nostalgia transforma a mi padre en el lector más codiciado para un escritor» 27 ALVAREX «De lo poco que sé es que vendió whisky a conocidos y libros de puerta en puerta, entre Santiago y Valparaíso» 29 PAULA MERLO «Hay que dar buena impresión y tener el aparato bien cargado» 35 SERGIO GUERRA «Por las tardes se veía a Juan Carlos a torso desnudo blasfemando al atardecer; se bañaba de sol mientras rayaba cuadernos de varios colores» 37 RENÉ DEL FIERRO «Cada pared o rincón de la ciudad expresa descontento anti estado, anti todo. Uribe lo predijo. Ahora está muerto» 40 CAMILO CATALÁN «Hay virtudes que lo eran en el siglo XX, pero que hoy constituyen actos de brutalidad» 43 CAMILA ALEJANDRA ROJAS A. «Hoy me di cuenta de que no sé lo que me falta hasta que lo veo en el Instagram de otra persona. Un patio, una pieza más grande, vecinos» 47 RAFAEL CUEVAS BRAVO «La vieja morenísima y de pelo rubio que vendía diarios y papel higiénico en la esquina de Bellavista con Salvador Donoso tampoco estaba, y la di por muerta»